

# 3. La industria (1800-1919)<sup>1</sup>

Rosa Ros Massana  
Universidad de Gerona

La historia industrial de Béjar durante la época contemporánea, especialmente durante el siglo XIX, gira en torno a la industria textil lanera, sin duda la actividad más relevante de la localidad. Este capítulo se centrará especialmente en mostrar algunos de los rasgos principales de la evolución de este subsector en la etapa comprendida entre el fin de la Guerra de la Independencia y la Primera Guerra Mundial. En una segunda parte, más breve, se estudiarán otros sectores manufactureros que adquirieron cierta relevancia en Béjar y su comarca, como la chacinería, los curtidos y la industria papelera.

## 1. LA INDUSTRIA LANERA

### 1.1. LA TRAYECTORIA DE LA PRODUCCIÓN

La industria lanera de Béjar vivió una larga etapa de esplendor que arranca en los años posteriores a la Guerra de la Independencia y que no finalizará hasta fines de la década de 1870. Entre 1817 y 1834 la producción aproximadamente se duplicó, ya que pasó de unas 180.000 a (unas) 380.000 varas de paño. Esta fuerte expansión no hizo sino acelerarse desde estas fechas hasta mediados de siglo: las estimaciones de Madoz elevan la producción de la década de los cuarenta a más de 750.000 varas, y el fabricante Leoncio Miranda afirmaba en 1850 que se tejían en Béjar anualmente entre 1.000.000 y 1.250.000 varas. Aunque el ritmo de crecimiento de la producción probablemente fue menos marcado a partir de mediados de siglo, los datos referentes al número de husos en funcionamiento indican que el auge de la industria local se prolongó hasta los años setenta. Así, mientras que en 1856 la provincia de Salamanca —es decir Béjar, puesto que la industria lanera moderna era prácticamente inexistente en el resto de la demarcación— contaba con 10.050 husos laneros (una cuarta parte de los cuales eran manuales), en 1879 esta cifra se había elevado a 13.458 husos, todos ellos mecánicos<sup>2</sup>.

Los datos referentes a la trayectoria de la población refuerzan esta imagen de prosperidad de la economía local, liderada por la industria textil lanera. Según los recuentos de población disponibles, Béjar pasó de algo más de 4.000 habitantes a inicios de la década de 1820 a los 11.329 que se registran en el censo de 1857. La evolución de los bautismos —otro indicador del crecimiento poblacional— muestra una expansión de magnitud similar, ya que el número de bautizados en las tres parroquias de la villa se multiplicó por 2,8 entre 1815-1819 y 1855-1859<sup>3</sup>. Hacia mediados de siglo una parte sustancial de la población activa bejarana se ocupaba en la pañería,

---

1.- Algunas partes de este texto se han publicado en ROS MASSANA, Rosa: «La industria», en ROBLEDO, Ricardo (coord.): *Historia de Salamanca*, vol IV: *Siglo diecinueve*, Salamanca, 2001, pp. 389-434.

2.- Archivo Municipal de Béjar (A.M.B.): *Correspondencia*, 1817 (s.f.); Archivo de la Universidad de Salamanca (A.U.S.): *Fondos Históricas*, leg. 2125; MADDOZ, PASCUAL: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Edición de la provincia de Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1984, p. 73; CAVEDA, José: *Memoria presentada al Excmo. Sr. Ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas por la Junta Calificadora de los Productos de la Industria Española reunidos en la Exposición Pública de 1850*, Madrid, 1851, p. 482. Los datos sobre capacidad productiva proceden de las *Estadísticas Administrativas de la Contribución Industrial de 1856 y 1863*.

3.- A.M.B: *Correspondencia*, 1822 y 1823; *Censo de la población de España según el recuento verificado en 21 de mayo de 1857 por la Comisión de Estadística General del Reino*, Madrid, 1857; Archivos de las parroquias de San Juan, Santa María la Mayor y el Salvador: *Libros de Bautismos*, 1815-1859.

como lo demuestra el hecho de que el 67 por 100 de los hombres que fueron padres entre 1841 y 1845 eran trabajadores de la industria textil<sup>4</sup>.

La intensidad del crecimiento demográfico fue muy superior a la del resto de la región. Entre el censo de Floridablanca de 1787 y el censo de 1857 la población bejarana había crecido a un ritmo del 1,4 por 100 anual, mientras que la tasa de crecimiento de la población castellano-leonesa entre ambos recuentos fue del 0,30 por 100 y la de la población urbana de la región –entendiendo como tal aquella que vivía en núcleos de más de 5.000 habitantes– fue del 0,49 por 100 anual. Entre las 19 localidades de Castilla y León que según la definición anterior pueden ser consideradas núcleos urbanos, Béjar era la que más había crecido desde tiempos del censo de Floridablanca, seguida de Valladolid y Burgos<sup>5</sup>.

La prosperidad de la pañería bejarana durante la primera mitad del siglo XIX fue excepcional en el contexto de la España interior, y contrasta vivamente con el declive o, en el mejor de los casos, atonía de la mayor parte de centros laneros tradicionales de la región. En buena medida, las razones por las que Béjar logró eludir el proceso de desindustrialización en el que estaban sumidas la mayor parte de las localidades textiles de la España interior deben buscarse en la herencia de las transformaciones experimentadas por la industria local durante el setecientos. Como se ha explicado en otro volumen de esta obra, durante el siglo XVIII la formación del gremio de fabricantes en sustitución de las tradicionales corporaciones artesanas impuso la primacía de los dueños del paño y favoreció un notable proceso de acumulación y de diferenciación entre los agentes implicados en la industria lanera, un proceso relativamente excepcional en el contexto de la pañería castellana del setecientos. En los decenios anteriores a la Guerra de la Independencia, la estructura empresarial de Béjar se caracterizaba por la existencia de empresas que han de ser consideradas de gran tamaño para los estándares de la época –las más importantes eran las de Diego López y Ventura Hernández Bueno– y por un elevado grado de concentración de la producción, pese a la pervivencia de un gran número de pequeñas y medianas unidades productivas. La existencia de un grupo social acomodado, con intereses muy focalizados en la industria y que operaba, además, en un marco institucional que no imponía serias limitaciones al ejercicio de sus funciones empresariales, fue un importantísimo activo a la hora de afrontar los retos de la primera fase de la mecanización.

Por otra parte, desde las últimas décadas del siglo XVIII, los fabricantes bejaranos desarrollaron un tipo de orientación comercial que sería fundamental para la futura historia industrial de la villa. Fue a partir de esta etapa cuando empezaron a ser frecuentes las ventas de paños al Ejército, pese a que, sin duda, el mercado civil era todavía el más importante. Al amortiguar los efectos que la crisis de inicios del siglo XIX tuvo sobre el comercio de paños, esta vinculación con el mercado militar debió de contribuir a la rápida recuperación de la industria bejarana después de la Guerra de la Independencia, algo que contrasta con lo sucedido en el resto de centros textiles de la España interior<sup>6</sup>.

El reverso de la historia industrial de Béjar durante la etapa de prosperidad de la primera mitad del siglo XIX fue el inicio, ya en estos años, de su declive relativo respecto a las localidades catalanas, Sabadell y Terrassa, que acabarían liderando el sector textil lanero español. En 1819 Sabadell y Terrassa producían conjuntamente

---

4.- Este último dato procede de los libros del registro civil de nacimientos custodiados en el Archivo Municipal de Béjar.

5.- REHER, David Sven: *Town and Country in pre-industrial Spain*. Cuenca, 1550-1870, Cambridge, 1990, p. 43 y 47. ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil lanera de Béjar (1680-1859). La formación de un enclave industrial*, Valladolid, 1999, p. 315.

6.- Ver un balance reciente sobre esta cuestión en HERNÁNDEZ GARCÍA, Ricardo: *La manufactura lanera castellana. Una herencia maltratada: 1750-1850*, Palencia, 2010.



Aspecto fabril.

unas 90.000 varas, aproximadamente la mitad que Béjar. En 1833 la producción conjunta de las dos ciudades catalanas había aumentado a más de 500.000 varas de paño y franela, mientras que, como hemos visto, Béjar no llegaba a producir en estas fechas 400.000 varas. Las diferencias no dejaron de agrandarse durante las décadas siguientes, de forma que en 1863 la capacidad productiva conjunta de Sabadell y Terrassa sextuplicaba aproximadamente la de Béjar<sup>7</sup>. Además, dado que, como veremos, la producción de las localidades catalanas era de mayor calidad, en términos de valor añadido neto, las diferencias debían de ser superiores.

La larga etapa expansiva que se inició en el segundo decenio del siglo XIX se truncó a partir de fines de la década de 1870. El detonante de la crisis fue la acumulación de existencias de paños militares con destino a la Tercera Guerra Carlista, en un momento en el que, además, era especialmente difícil la reorientación de las ventas hacia el mercado civil, debido al inicio de la crisis agraria finisecular y la consiguiente contracción del poder de compra de amplios segmentos de la población castellana y española. El declive que se inició en estos momentos fue persistente y, al margen de alguna breve recuperación coyuntural, la atonía de la industria lanera bejarana no cesó hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936. De 1879 a 1910 el número de husos instalados descendió en un 37 por 100 (ver cuadro 1), aunque la caída de la producción no fue, con seguridad, de igual intensidad, ya que durante esta etapa tuvo lugar una progresiva sustitución de las mules por las más modernas selfactinas. La contracción de la capacidad productiva es igualmente visible en el tisaje: como muestra la última columna del cuadro 1, el número total de telares cayó en un 44 por 100 entre 1889 y 1910.

7.- Los datos sobre Sabadell y Terrassa proceden de BENAUL BERENGUER, Josep Maria: «La llana», en *Història Econòmica de la Catalunya contemporània*, vol. 3, Barcelona, 1991, pp. 99 y 119-120. Si no se indica lo contrario, todos los datos sobre los centros textiles del Vallès que se citarán a lo largo de este capítulo proceden de esta obra.

CUADRO 1: EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE HUSOS Y TELARES EN BÉJAR (1879-1923)

	HUSOS	TELARES MANUALES	TELARES MECÁNICOS	TOTAL TELARES **
1879 *	13.458	-	-	-
1889	11.101	280	6	292
1894	15.120	272	6	284
1897	12.900	206	14	234
1900	11.572	139	29	197
1905	9.420	64	46	156
1910	8.470	43	60	163
1915	10.340	48	84	216
1919	7.950	35	91	217

\*: El dato de 1879 corresponde al conjunto de la provincia de Salamanca.

\*\* : Telares mecánicos reducidos a manuales (1 = 2).

FUENTES: *Estadística Administrativa de la contribución Industrial*, 1879; A.M.B., *Matrículas Industriales*, 1888-89, 1893-94, 1896-97, 1899-1900; RODRÍGUEZ FRUTOS, José: *Las repercusiones de la Primera Guerra Mundial en Béjar*, 1914-1918, tesis doctoral, Salamanca, 1976, vol. 3, pp. 106-108.

En este contexto de crisis, la industria lanera bejarana se vio sometida al fuerte shock externo que supuso la Primera Guerra Mundial. Mientras que la guerra provocó un aumento notable de la producción en los centros laneros catalanes –Sabadell vio como su capacidad productiva aumentaba en un 26,3 por 100 de 1914 a 1919<sup>8</sup>– en Béjar los datos de las matrículas industriales muestran que el número de husos disminuyó en un 16 por 100 entre 1913 y 1919. Como el resto de la española, la industria bejarana se vio afectada por la contracción de la demanda interior debido a la disminución del poder de compra, consecuencia de la fuerte inflación de los precios de los productos de primera necesidad y, por el lado de la oferta, por el encarecimiento y escasez de las materias primas. Además del fuerte aumento de los precios de la lana, que se multiplicaron por 3,5 entre 1914 y 1918<sup>9</sup>, la escasez fue particularmente aguda en lo que respecta a los colorantes sintéticos, que antes de la guerra procedían en su mayor parte de Alemania, el principal productor europeo de tintes. En enero de 1918 algunos fabricantes bejaranos cifraban en un 166 por 100 el aumento del coste de la tintorería, y la prensa local mencionaba que durante la guerra el coste de uno de los principales colorantes –el añil sintético– había aumentado entre un 500 y un 600 por 100<sup>10</sup>.

Béjar tuvo que enfrentarse además a otros problemas adicionales. Uno de ellos estaba relacionado con la intensa vinculación de la industria local con el Ejército español. Los fabricantes que atendían este mercado no pudieron trasladar a los precios del producto final ni siquiera una parte del aumento de los costes, puesto que los paños militares para el mercado doméstico mantuvieron los mismos precios que antes del inicio del conflicto. Además, en una situación de fuerte aumento de los costes, la tradicional impuntualidad en el pago por parte del Ejército español agravó los problemas financieros de muchos fabricantes. Todo ello se tradujo en quiebras de algunas empresas y en recurrentes paralizaciones temporales de la actividad en otras.

No obstante, el hecho que más contribuye a explicar la divergencia de la trayectoria de la industria bejarana durante el conflicto bélico respecto a otros centros

8.- DEU BAIGUAL, Esteve: *La industria tèxtil llanera de Sabadell, 1896-1925*, Sabadell, 1990, p. 160.

9.- RODRÍGUEZ FRUTOS, José: *Las repercusiones de la Primera Guerra Mundial en Béjar, 1914-1918*, tesis doctoral inédita, Salamanca, 1976, vol II, p. 22.

10.- ZÚÑIGA, M.ª Ángeles: «Crisis del siglo xx en la industria textil de Béjar: 1900-1930», *Estudios Geográficos*, 162 (1981), pp. 12 y 14.

peninsulares fue su incapacidad para aprovechar la demanda exterior extraordinaria causada por la guerra. Sólo en 1915 hubo un modesto boom de la producción de hilados y tejidos, cuando se pudieron atender algunos pedidos de los ejércitos beligerantes, especialmente del francés. Con posterioridad a esta fecha, sólo algunas empresas, como la de los Gómez-Rodulfo, pudieron acceder a los mercados exteriores, aunque de forma muy esporádica. El notable atraso técnico de la industria bejarana después de décadas de declive industrial y la incapacidad comercial de sus empresas contribuyen a explicar que Béjar no participara apenas del crecimiento de las exportaciones españolas de hilados y tejidos de lana. Sólo los lavaderos de lana y las empresas dedicadas a la fabricación de lana regenerada experimentaron un cierto auge actuando como auxiliares de la industria catalana a la que proporcionaban materia prima<sup>11</sup>.

La trayectoria demográfica de Béjar a partir de la década de 1870 refleja la decadencia de la pañería. El intenso crecimiento de la población de la primera mitad del siglo se convirtió en una fuerte caída demográfica: entre el censo de 1877 y el de 1910 la población de Béjar se redujo en un 17 por 100, y se produjo una intensa emigración, que llegó a su cenit con los intentos de emigración colectiva al cono suramericano en 1906-07.

Durante esta larga etapa de crisis iniciada en la década de 1870 aumentaron las diferencias entre Béjar y los núcleos laneros catalanes. Mientras que, como ya se ha mencionado, en 1863 la capacidad productiva conjunta de Sabadell y Terrassa sextuplicaba aproximadamente a la de Béjar, en 1888 la multiplicaba por 10, en 1900 por 12 y en 1914 por 20. Béjar también perdió posiciones en relación a Alcoy, que se configuraría definitivamente como el núcleo textil lanero no catalán más relevante de la península. En 1900 los husos instalados en la ciudad alicantina duplicaban a los existentes en Béjar y en 1913 los triplicaban, mientras que apenas medio siglo antes, a inicios de los años sesenta, la capacidad productiva de la hilatura alcoyana superaba en poco más de un 10 por 100 a la bejarana<sup>12</sup>. A inicios del siglo xx Béjar había sufrido, pues, una seria reducción de su relevancia dentro del sector textil lanero español. Lo demuestran también las cifras de las Estadísticas Administrativas de la Contribución Industrial: en 1900 la provincia de Salamanca aportaba sólo el 3,6 por 100 de las cuotas satisfechas por este subsector a escala española, mientras que en 1863 aportaba el 8,5 por 100.

Las causas más inmediatas del declive industrial bejarano radican en el progresivo distanciamiento tecnológico respecto de los centros textiles laneros punteros españoles y en la paralela especialización de la industria local en segmentos muy específicos del mercado, que presentaban escasa capacidad de expansión a largo plazo. Los apartados siguientes abordarán ambas cuestiones.

## 1.2. ALCANCE Y RITMOS DEL CAMBIO TECNOLÓGICO<sup>13</sup>

La prosperidad de la pañería bejarana durante la primera mitad del siglo xix estuvo íntimamente asociada al éxito de la difusión de modernas tecnologías. La modernización tecnológica de la industria lanera bejarana se inició en 1824, cuando

11.- Esta exposición sobre la trayectoria de la industria bejarana durante la Primera Guerra Mundial está basada en RODRÍGUEZ FRUTOS, José: *Op. cit.*, vol 2, pp. 4-65.

12.- Los datos de husos instalados en Alcoy proceden de CUEVAS, Joaquim: «Innovación técnica y estructura empresarial en la industria textil de Alcoi, 1820-1913», *Revista de Historia Industrial*, 16, 1999, pp. 17 y 26.

13.- Los datos que fundamentan la descripción sobre los ritmos y alcance del cambio tecnológico proceden de fuentes muy dispersas, cuya citación exhaustiva prolongaría en exceso el presente texto. El lector interesado las puede consultar en ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil lanera...*, pp. 233-242. Sólo se citarán las referencias que no aparezcan en dicha obra.

algunas de las principales empresas de la villa adquirieron máquinas de cardar e hilar y perchas mecánicas a la casa Cockerill de Lieja, una empresa que jugó un papel fundamental en la difusión de tecnología textil en toda Europa. El inicio de la mecanización fue algo tardío en relación a otros centros pañeros de la Península y del Mediterráneo, en los que las primeras experiencias de introducción de maquinaria se iniciaron en la primera década del siglo para generalizarse en los años inmediatamente posteriores a la etapa napoleónica. Pese a este retraso inicial, la introducción de surtidos de cardar e hilar, equipados con *jennies*, desplazó rápidamente al cardado y la hilatura tradicionales. En 1826, dos años después de la primera introducción de este tipo de máquinas, existían en la villa más de 20 juegos de carda e hilatura; en 1828 su número había aumentado a 33 y, en 1834, a 36. En esta última fecha el torno de hilar doméstico prácticamente había desaparecido.

Durante la primera mitad de los años veinte, se inició también la mecanización de los acabados, a través de la introducción de máquinas de cepillar, lustradoras y, sobre todo, perchas mecánicas y máquinas de tundir. En 1828 estaban instaladas en la localidad 11 máquinas de perchar y 7 de tundir, y estos instrumentos habían aumentado hasta el número de 29 y 16 respectivamente en 1834. Entre los instrumentos de tundir, se contaban tanto máquinas de tijeras, como las más avanzadas tundosas transversales, cuya introducción en Béjar fue muy precoz. La difusión de ambos tipos de artefactos desplazó rápidamente al tundido manual, que en los años treinta ya era absolutamente marginal.

Después de esta primera fase de la mecanización, el nivel tecnológico de la industria lanera bejarana no presentaba diferencias sustanciales respecto a los núcleos laneros del Vallès y era superior al de otros centros peninsulares, como Alcoy o Antequera. No obstante, a partir de la década de 1840 empieza a detectarse una mayor lentitud en la introducción de maquinaria textil de segunda generación. Ciertamente, a mediados de siglo existían en Béjar los más modernos artefactos textiles (con la excepción de los telares mecánicos que, pese a lo que se ha dicho en ocasiones, tampoco se habían difundido aún en la industria lanera catalana); el problema no consistía en la falta de presencia de las nuevas tecnologías, sino en su limitado grado de difusión.

Por lo que respecta a las fases iniciales del proceso productivo, en la década de 1840 se inició la introducción de cardas de mecha continua y de mules, con un retraso poco considerable respecto a otros núcleos textiles más avanzados de Europa. No obstante, la generalización de estas innovaciones fue lenta. Disponemos de algunos ejemplos de ello referidos a las principales empresas de la localidad. En la fábrica de Rodríguez Hermanos sólo uno de los cuatro surtidos de carda e hilatura instalados en 1850 contaba con máquinas de cardar continuas y mules. En la misma fecha, dos de los tres juegos de cardar e hilar presentes en la fábrica de Gómez Rodulfo eran «de los mejores que modernamente se han inventado», y el restante todavía estaba equipado, cabe suponer, con viejas *jennies*<sup>14</sup>. Aún a fines de la década de 1850, aproximadamente una cuarta parte de los husos instalados en Béjar eran manuales (es decir, de *jennies*). En estas fechas, el nivel tecnológico en esta fase del proceso productivo era similar al de otros centros peninsulares, como Alcoy, pero claramente atrasado respecto a los núcleos catalanes, donde los husos manuales eran ya prácticamente inexistentes.

Por las mismas fechas también se estaban modernizando las tecnologías en las fases finales del proceso productivo. Por lo que respecta al abatanado, los primeros batanes de cilindros se instalaron en Béjar a inicios de la década de 1840, de forma

---

14.- CAVEDA, Joaquim: Op. cit., pp. 477-478 y 481.

bastante precoz en el contexto europeo. Aunque en 1850 todavía se abatanaba fundamentalmente con batanes tradicionales, la generalización de las nuevas máquinas se completó en la década siguiente. Así, en 1869 se indicaba que ya no se usaban batanes de mazos, ya que éstos habían sido sustituidos totalmente por los cilíndricos<sup>15</sup>.

También fue precoz la introducción de las máquinas de tundir más avanzadas que por aquellas fechas estaba incorporando la industria lanera europea: las tundosas longitudinales. Lo demuestra el hecho de que en torno a 1850 estos artefactos estuvieran ya presentes en los establecimientos de Rodríguez Hermanos, de Gómez Rodolfo o de Esteban Martín Asensio. Sin embargo, de forma similar a lo ocurrido en el caso de las mules y las cardas de mecha continua, la capacidad de las tundosas longitudinales para desplazar a las tundosas transversales, e incluso a las viejas máquinas de tijeras, fue limitada. Aún en 1857 las máquinas de tundir de tijeras tenían un peso importante en la villa, de forma que las tundidoras transversales y longitudinales representaban sólo el 40 por 100 de las máquinas de tundir existentes.

El atraso tecnológico relativo de la industria bejarana se consolidó en el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En los centros laneros catalanes, éste fue un periodo de intenso cambio técnico, en el que se difundieron innovaciones importantes en las fases iniciales del proceso productivo —el lavado y escogido de la lana, con la difusión del leviatán, el hidroextractor, la secadora automática y la carbonización—, en el tisaje —los años finales de la década de 1870 y la de 1880 fueron la fase decisiva de la difusión de los telares mecánicos— y en los acabados, con la introducción del desmote químico, la generalización de tundosas longitudinales, el perfeccionamiento de las perchas y la definitiva sustitución de las prensas manuales por la prensa cilíndrica mecánica. Aunque algunas de estas tecnologías se difundieron en Béjar de forma precoz —es el caso del desmote químico introducido a inicios de la década de 1880 de la mano de los terrasenses Joaquín Monset y Luis Izard—, ésta no fue la pauta general.

Por lo que respecta a las innovaciones en el lavado de la lana, en 1889 ninguno de los cinco lavaderos que se declaraban en la matrícula industrial bejarana contaba con instrumentos mecánicos para realizar esta operación. Diez años más tarde, había 10 lavaderos en la ciudad, de los cuales sólo tres contaban con maquinaria movida por energía inanimada.

También la introducción de los telares mecánicos fue mucho más tardía e incompleta que en Cataluña. En 1888, cuando más del 90 por 100 de los telares de la industria lanera vallesana eran ya mecánicos, este porcentaje se reducía a un testimonial 2 por 100 en el caso de Béjar. Aunque, después de 1893 la difusión del telar mecánico en la localidad salmantina se aceleró (ver cuadro 1), las distancias eran aún enormes en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Así, mientras que en 1914 los telares manuales habían desaparecido en la industria lanera de Sabadell y Terrassa, en Béjar aún el 40 por 100 de los telares eran manuales.

En los acabados, los últimos años del siglo vieron la sustitución progresiva, aunque no completa, de las tundosas transversales por las longitudinales. En 1888 las tundosas transversales todavía eran el 58 por 100 de las existentes en Béjar; en 1893 este porcentaje había disminuido al 30 por 100 y en 1914 al 18 por 100. Sin embargo, el prensado, una operación que se mecanizó completamente en otros centros durante este periodo, continuó conservando en Béjar su carácter manual. Así, el número de prensas manuales y mecánicas existentes en 1894 era respectivamente de 26 y 1, y de 11 y 2 en 1900<sup>16</sup>.

15.- PAREJO BARRANCO, Antonio: *La industria lanera española en la segunda mitad del siglo XIX*, Málaga, 1989, p. 94.

16.- Todos los datos de Béjar referentes a las últimas décadas del siglo XIX proceden de las matrículas industriales de los años correspondientes, custodiadas en el archivo municipal. Los de Sabadell y Terrassa de BENAUL BERENGUER, Josep María: *Op. cit.*

### 1.3. MERCADOS Y ESPECIALIZACIÓN PRODUCTIVA

Durante la etapa expansiva de la primera mitad del siglo XIX, algunas zonas de Castilla (especialmente las provincias de Salamanca, Valladolid, Zamora y León), Extremadura y, sobre todo, Galicia, se consolidaron como los principales mercados de la industria bejarana. Por otra parte, se acentuó durante esta etapa la orientación hacia el mercado militar, aunque por lo menos antes de la Primera Guerra Carlista, las ventas al Ejército, efectuadas sólo por parte de algunas de las principales empresas, tenían aún una importancia secundaria.

Por lo que respecta al tipo de producto, el crecimiento de la primera mitad del ochocientos descansó en la especialización en pañería entrefina y de calidades inferiores –paños de 18enos a 24enos, especialmente. Además, se introdujo la fabricación de otros géneros tradicionales de lana cardada, como las franelas y las bayetas. Por el contrario, los géneros de novedad tenían una presencia irrelevante, como lo demuestra la inexistencia de telares equipados con el dispositivo *jaquard* en Béjar a mediados del siglo XIX<sup>17</sup>.

Tanto la especialización en paños comunes como la concentración de las ventas en algunas provincias castellanas, Galicia y el mercado militar fueron fenómenos que estuvieron condicionados por la tradición previa. Fue en la segunda mitad del siglo XVIII cuando, paralelamente a la drástica reducción de la presencia de los fabricantes bejaranos en el mercado madrileño de paños de calidad, se gestó este tipo de orientación comercial. Además, la apuesta por estos mercados tradicionales no debía de parecer desacertada a los fabricantes de las primeras décadas del siglo XIX. Aunque con toda probabilidad la demanda agregada de este tipo de géneros disminuyó en términos absolutos durante este período, la industria bejarana podía crecer dirigiéndose a la demanda antes satisfecha por otros centros laneros castellanos que experimentaron durante estos años un espectacular declive. Además, en este periodo aumentó notablemente la demanda militar, muy centrada en la pañería común y entrefina tradicional.

No obstante, a medio plazo esta opción por la pañería común y por los mercados tradicionales se reveló desacertada. En España los tejidos de algodón desplazaron a los baratos de lana en mayor medida que en otros países europeos, con lo que el crecimiento de la demanda de estos últimos durante todo el siglo XIX fue netamente inferior al que tuvo lugar en otros países de nuestro entorno. Este fenómeno, consecuencia del bajo poder adquisitivo del mercado interior español, determinó que, paradójicamente, la especialización productiva de los centros catalanes en tejidos de calidades elevadas –paños finos, novedades y, en el último tercio del siglo, géneros de estambre– permitiera un mayor crecimiento de la producción a largo plazo. Los cambios en la moda tuvieron también una incidencia negativa para la industria lanera bejarana, especialmente la disminución de la demanda de paño para capa, una línea de producto fundamental para la pañería local.

Por otra parte, la intensa vinculación de la pañería bejarana del primer tercio del siglo XIX con Galicia tuvo consecuencias bastante negativas ya desde mediados de la centuria, porque la trayectoria de la economía gallega estuvo marcada por un agotamiento precoz del crecimiento económico y por la emigración masiva, ya iniciada en la década de 1840. Las ventas de los fabricantes bejaranos quedaron relegadas progresivamente al mercado regional castellano –que debió experimentar una fuerte contracción en los últimos decenios del siglo XIX, dada la fuerte incidencia de la crisis agraria finisecular en la región– y, sobre todo, a los suministros al Ejército. La capacidad de expansión de estos últimos presentaba unas obvias limitaciones a largo plazo y, además, las ventas al Ejército sometían a la industria bejarana a fuertes

---

17.- Los datos que fundamentan estas afirmaciones se encuentran en ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil lanera...*, pp. 211-222.

fluctuaciones coyunturales. Por añadidura, desde las primeras décadas del siglo xx la necesaria modernización de los uniformes (lo que implicaba la sustitución de la lana por el algodón en buena parte de los componentes del vestuario del Ejército) redujo la cuota del mercado militar que podían satisfacer los industriales locales y supuso una amenaza constante para los intereses de la industria bejarana.

Hubo, por supuesto, intentos de modificar la excesiva especialización de la industria bejarana en pañería común y militar. En la década de los sesenta, algunos fabricantes intentaron iniciar la fabricación de novedades. Este fue el caso, por ejemplo, de Fulgencio García, quien en 1861 montó en su fábrica una sección para producir tejidos de novedad, «en competencia con Sabadell»; sin embargo, esta experiencia, como otras similares protagonizadas por otros fabricantes, duró corto tiempo, ya que durante la década de 1870 García abandonó la fabricación de novedades para «abarcar en mayor escala la del Ejército, á la que constantemente venía dedicándose»<sup>18</sup>. Pese a la interrupción de estas iniciativas con motivo de las oportunidades abiertas a la producción militar durante la Tercera Guerra Carlista, las tentativas no cesaron por completo a lo largo de todo el periodo. Aún en 1879 existían algunas empresas productoras de novedades, como lo demuestran los 23 telares jacquard (sólo el 5 por 100 del total) existentes en aquel momento en Béjar. En la primera década del siglo xx se daba noticia de que, por lo menos seis industriales bejaranos elaboraban en alguna medida géneros de este tipo o estaban preparando muestrarios de novedades para intentar introducirse en este mercado<sup>19</sup>.

Sin embargo, estas experiencias fracasaron o fueron siempre de escasa entidad. Mientras que la respuesta a la crisis agraria en otros centros peninsulares, como Alcoy, fue la introducción de novedades baratas y regenerados, Béjar mantuvo su tradicional especialización en pañería común. La producción de novedades siempre fue marginal y la de regenerados no se introdujo en la villa salmantina hasta inicios del siglo xx.

Por otra parte, la fabricación de tejidos de estambre, una de las bases del crecimiento de la industria vallesana en los años del fin de siglo, estuvo absolutamente ausente de la producción bejarana a lo largo de todo el siglo xix. Durante los primeros años del siglo xx se abrieron algunas empresas de lavado de lanas y peinado de estambres. En 1907 se formó la sociedad García y Cascón, que en 1933, dos años después de convertirse en sociedad anónima, sería calificada por el director de la sucursal del Banco de España en Salamanca como «una de las principales compradoras de lanas de España y fabricantes de peinados»<sup>20</sup>. Poco después, en noviembre de 1908, 13 socios, entre los que se contaban algunos de los principales fabricantes de Béjar, fundaban la sociedad anónima *La Industrial Bejarana*, cuyo objeto era la compra y venta de lanas y el lavado y peinado de las mismas<sup>21</sup>. No obstante, no se abordó la hilatura de estambre; el primer intento serio en este sentido tuvo que esperar a la fundación de THESA en 1933 y, después del fracaso de esta iniciativa, no fue hasta la Guerra Civil, con la fundación de la empresa Rocamora, cuando la hilatura de estambre arraigó en la localidad, arropada por la política autárquica del nuevo régimen<sup>22</sup>.

18.- VALERO DETORNOS, Juan: *España en fin de siglo*, Madrid, 1894, p. 334.

19.- *La Victoria*, n. 606, 10 de marzo de 1906.

20.- Archivo Histórico del Banco de España (A.H.B.E.): *Sucursales*, leg. 2214, GUAL VILLALBÍ, Pedro (sup.): *Personalidades eminentes de la industria textil española*, Barcelona, 1952, p. 175.

21.- Los socios fundadores eran Manuela Rodríguez-Arias, Cipriano Rodríguez-Arias, Nicolás Oliva, Anselmo Olleros, Luis Izard, Lesmes Rodilla, José Cascón, Francisco y Jerónimo Gómez-Rodulfo López, Vicente y Luis Fernández Anaya, Eduardo Cid Sánchez y Eduardo Miralles. El director gerente era Jerónimo Gómez-Rodulfo López, que mantuvo este cargo por lo menos hasta 1916. A.H.B.E., *Operaciones*, leg. 957.

22.- ZÚÑIGA, M.<sup>a</sup> Ángeles: *Op.cit.*; RODRÍGUEZ ARZÚA, Joaquín: «Geografía urbana de Béjar», *Estudios Geográficos*, 111, (1968). Sobre la incidencia de la política autárquica del primer franquismo en la industria lanera de Béjar, ver CALVET PUIG, Jordi: *La industria tèxtil llanera a Espanya, 1939-1959*, Sabadell, 1992.

Hemos argumentado que el atraso técnico y el tipo de especialización productiva fueron las razones más inmediatas del declive industrial bejarano. No obstante, ¿por qué los fabricantes locales no fueron capaces de abordar una modernización técnica más intensa y completa de la industria? ¿Por qué los intentos de modificar el tipo de producto tradicional no fueron más importantes o no tuvieron más éxito? En definitiva, ¿por qué los fabricantes bejaranos no lograron competir con los catalanes y quedaron relegados a unos productos y a unos mercados con escasa capacidad de expansión? La respuesta a estas preguntas es, sin duda, compleja y debe contemplar múltiples factores, ya que la industria de Béjar tuvo que enfrentarse a desventajas muy diversas en relación a otros núcleos laneros españoles.

#### 1.4. PAUTAS DE INVERSIÓN Y MERCADO DE TRABAJO

A fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, cuando era bien patente la crisis de la pañería, patronos y trabajadores se responsabilizaban mutuamente del declive industrial de la ciudad con argumentos que aparecían repetidamente en la prensa local y en otros foros de opinión.

Para los patronos, la decadencia de la pañería se debía en buena medida a las características del mercado de trabajo local. Subrayaban que el control de las sociedades obreras sobre el aprendizaje y el acceso a los oficios, efectuado con criterios restrictivos, imponía excesivas rigideces a la oferta de trabajo, mientras que el control obrero sobre la organización del trabajo en las fábricas limitaba la introducción de nuevas máquinas y productos. Las afirmaciones del Sr. Gómez-Rodulfo ante el Instituto de Reformas Sociales durante la huelga de 1913 constituyen una buena muestra de los planteamientos de la patronal. Así describía Gómez-Rodulfo los obstáculos que impedían la introducción de innovaciones por parte de los fabricantes:

«(El fabricante) Ha mandado a un obrero que haga una cosa distinta de cómo la venía ejecutando, y ese obrero le ha respondido que no podía hacerlo sin consultar con el delegado de su sección. Realizada la consulta (...) la Junta directiva de la Sociedad correspondiente ha deliberado, acordando que aquello no se haga. (El fabricante) ha querido enseñar a obreros lo que él traía aprendido, y como las Sociedades obreras se han adueñado de la exclusiva del aprendizaje, no lo ha podido realizar. Ha querido llevar a algún obrero aventajado de otros sitios, y como no pertenecía a las Sociedades obreras de Béjar, no ha podido, por negarse todos los obreros a ayudarlo (...). Ha querido variar los procedimientos de trabajo (...) y las Sociedades obreras le han suscitado innumerables conflictos, por no permitir que nadie más que ellas organicen el trabajo y determinen el personal»<sup>23</sup>.

No existen por el momento estudios detallados sobre la organización del trabajo y el control obrero en las fábricas de Béjar que permitan contrastar estas opiniones y sopesar la incidencia de estos fenómenos en comparación con otros centros textiles laneros peninsulares. No obstante, existen indicios de que el férreo control del aprendizaje y de los procesos productivos que señalaban los fabricantes de fines del siglo XIX e inicios del XX eran fenómenos relativamente nuevos, que se acentuaron a partir de los últimos decenios del ochocientos, lo que induce a contemplarlos como una reacción ante los problemas de la industria local más que como una herencia del pasado artesano.

23.- Instituto de Reformas Sociales (IRS), *La huelga en la industria textil de Béjar (1913-1914)*, Madrid, 1915, p. 33.

Por una parte, antes del último tercio del siglo XIX no se detectan fenómenos de oposición a las nuevas máquinas y procedimientos industriales. Durante la primera etapa de la mecanización el único indicio de malestar entre los obreros bejaranos relacionado con la introducción de nuevas tecnologías lo encontramos entre los tundidores. En octubre de 1825 el fabricante Diego López solicitaba a la Junta de Comercio privilegio para poder poner en su nuevo establecimiento escudo de armas reales y para que sus empleados pudieran disponer de armas de fuego. El motivo de la petición era evitar la destrucción de las nuevas máquinas de tundir que pretendía adquirir. En los informes que pidió la Junta de Comercio a las autoridades locales, éstas hablaban de la «preocupación del Pueblo contra las máquinas», preocupación que se detectaba tanto entre los trabajadores como entre los fabricantes más modestos<sup>24</sup>. Sin embargo, al contrario de lo sucedido en otras muchas localidades textiles europeas, en las que los trabajadores presentaron duras batallas contra la introducción de máquinas, este malestar no se materializó en ningún conflicto abierto.

Sólo en los últimos años del siglo XIX se detectan problemas con la introducción de nuevas tecnologías. La lenta difusión del telar mecánico fue debida, por lo menos en parte, a la oposición de los tejedores. No es casual que el número de telares mecánicos empezara a crecer sólo después de 1893, cuando fabricantes y tejedores llegaron a acuerdos sobre su implantación, limitada al principio a la fabricación de paños de novedad<sup>25</sup>. La coincidencia temporal entre los primeros intentos de mecanización del tisaje y la crisis industrial explica probablemente las resistencias al cambio técnico, que habían tenido poca relevancia en Béjar hasta este momento.

Por lo que respecta a la cuestión del aprendizaje, podemos partir de la hipótesis, que parece razonable, de que el reclutamiento local de los trabajadores está fuertemente correlacionado con el grado de control del aprendizaje. Por ello, el análisis del origen geográfico de los trabajadores puede proporcionarnos algunos datos sobre esta cuestión. Entre 1841 y 1845, período para el cual contamos con datos sobre origen geográfico según oficios de importantes segmentos de la población masculina bejarana, el 15 por 100 de los tejedores, el 50 por 100 de los cardadores e hilanderos y el 44 por 100 de los percheros y tundidores habían nacido fuera de Béjar. En conjunto, los hombres de origen forastero representaban el 30 por 100 de todos los trabajadores textiles<sup>26</sup>. Estas cifras eran de magnitud similar a las de otras localidades laneras, como Terrassa, donde en 1845 el 32 por 100 de los trabajadores textiles eran inmigrantes, aunque el reclutamiento extralocal era más importante en Sabadell donde a mediados de siglo el 45 por 100 de los trabajadores textiles (incluyendo los algodonereros con mayor proporción de forasteros) habían nacido fuera de la ciudad<sup>27</sup>.

En Béjar sólo el reclutamiento de los tejedores era poco permeable a la inmigración, algo que, por otra parte, también sucedía en otras localidades laneras del



Fc<sup>a</sup> de Papel continuo  
«Santa Bárbara»  
Candelario.

24.- Archivo General de Simancas (A.G.S.): Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 349, n. 8.

25.- PAREJO BARRANCO, Antonio: Op. cit., pp. 92-93.

26.- Estos datos proceden de los libros de nacimientos elaborados con motivo del primer experimento de registro civil entre 1841 y 1845. Estos libros citan el origen geográfico y la profesión de los padres de todas las criaturas nacidas en Béjar entre ambas fechas. A.M.B., Registro civil de nacimientos, 1841-1845.

27.- CAMPS I CURA, Enriqueta: La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX, Madrid, 1995, pp. 73 y 75.

período. Ello sugiere que, en los años cuarenta, sólo en este oficio existía un fuerte control obrero sobre el aprendizaje. Refuerza esta idea el hecho de que se pueden documentar para este período algunos contratos de aprendizaje entre maestros tejedores y los padres o tutores de aprendices, mientras que, por el contrario, no existe evidencia de contratos de tipo similar en otros oficios<sup>28</sup>.

En definitiva, pues, antes de 1850 no existen demasiados indicios de que el mercado de trabajo local fuera más «cerrado» que el de otras localidades laneras de la península, ni tampoco de que las actitudes de los trabajadores fueran particularmente hostiles a las innovaciones técnicas. Por ello no parece razonable considerar que las prácticas restrictivas de los trabajadores estuvieran en el origen del atraso relativo de la industria bejarana que, como se ha mencionado, era ya visible a mediados del ochocientos. Todo parece indicar, por el contrario, que este tipo de fenómenos sólo se agudizaron cuando se inició la fuerte crisis de la industria en los últimos decenios del siglo XIX y que fueron más una consecuencia que una causa del declive de la pañería local, aunque pudieran contribuir a agravarla.

Mientras los fabricantes culpaban a las sociedades obreras del atraso industrial, según los obreros, las razones del declive de la pañería bejarana debían buscarse en el comportamiento inversor de los fabricantes, que dedicaban pocos recursos a la renovación del utillaje y a la ampliación de la industria, y que desviaban sus capitales hacia la adquisición de tierras y otros activos.

Es indudable que algunos de los más notorios miembros del grupo empresarial participaron activamente en el mercado de la tierra, especialmente desde el inicio del proceso desamortizador. Diego López, sin duda el principal industrial bejarano en las primeras décadas del siglo XIX, fue el principal comprador de la provincia de Salamanca en la desamortización de Mendizábal. Entre 1837 y 1843 adquirió fincas rústicas y urbanas procedentes del clero regular, rematadas por una suma total de 4.396.700 reales<sup>29</sup>; además, sabemos que también tuvo una importancia notable como comprador de bienes del clero secular y que continuó participando activamente en la obtención de inmuebles rústicos durante la década de 1850<sup>30</sup>. Aunque la magnitud de las adquisiciones efectuadas por López fue totalmente excepcional, otros fabricantes bejaranos se situaron también en puestos destacados entre los compradores de tierras en la provincia de Salamanca. Anselmo Olleros (en compañía de su cuñado, el comerciante madrileño Joaquín de Mazpule) obtuvo fincas rústicas desamortizadas rematadas en 1.183.013 reales entre 1837 y 1843, situándose entre los cinco primeros compradores de la provincia. Esteban Martín Asensio adquirió tierras por un valor de unos 800.000 reales en las mismas fechas. Además, algunos fabricantes participaron también en la compra de tierras en otras provincias, especialmente en Extremadura. Entre 1836 y 1870 cuatro vecinos de Béjar (cuya identidad y profesión desconocemos) adquirieron en la provincia de Cáceres fincas con una superficie total de 3.488,5 ha rematadas en 4.983.929 reales, lo que les sitúa en el grupo de los mayores compradores de esta demarcación<sup>31</sup>.

Estos ejemplos no significan, sin embargo, que durante la primera mitad del siglo XIX la cúpula empresarial se estuviera convirtiendo en rentista. Con la excepción

---

28.- Archivo Histórico Provincial de Salamanca (A.H.P.S.): Protocolos, prot. 656, f. 5 y prot. 657, f. 218.

29.- ROBLEDOS, Ricardo, y INFANTE, Javier: «La desamortización de Mendizábal en la provincia de Salamanca, 1836-1848. Primeros resultados», *Salamanca. Revista de Estudios*, 38 (1997), pp. 463-515.

30.- Por lo que respecta a la desamortización de los bienes del clero secular, López compró en 1843 la dehesa del Águila, rematada en 2.043.870 reales, aunque la traspasó en mayo de 1849. En cuánto a otras compras efectuadas por este personaje posteriormente, ver ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil lanera de Béjar...*, pp. 298-299.

31.- GARCÍA PÉREZ, Juan: *Las desamortizaciones eclesiástica y civil en la provincia de Cáceres (1836-1870)*, Cáceres, 1994, p. 167.

de López, la participación de algunos de los fabricantes antes mencionados en el mercado de la tierra fue compatible con la ampliación de sus negocios industriales. La compra de fincas rústicas, en un contexto que favorecía este tipo de inversiones dadas las oportunidades generadas por el proceso de liberalización del mercado de la tierra y por la coyuntura favorable de los precios agrarios, formaba parte de una estrategia de diversificación de los negocios, que no era algo inusual ni distintivo de los fabricantes de Béjar. Además, durante esta etapa la participación de otros miembros notorios de la cúpula empresarial en las compras de bienes desamortizados fue prácticamente nula o se limitó a fincas urbanas, que los compradores dedicarían muchas veces a uso industrial. Ejemplos de ello son familias como los Gómez Rodulfo o los Yagüe, o individuos como Cipriano Rodríguez Arias, Valentín Rodríguez, los hermanos Juan y José Rodríguez o el tintorero Miguel Faure, por citar sólo algunos de los nombres de los más destacados fabricantes de Béjar de este período.

Disponemos por el momento de menos información sobre las pautas de inversión de los fabricantes bejaranos durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, en el período de declive de la industria local. Es muy posible que durante esta etapa, ante las mediocres perspectivas que ofrecía el negocio industrial, se generalizaran e incrementaran las inversiones al margen de la pañería. Sabemos que algunos individuos pertenecientes al segmento superior del grupo empresarial realizaron fuertes inversiones en tierras. Cipriano Rodríguez Arias, por ejemplo, empezó a adquirir fincas a gran escala en la provincia de Cáceres —ya en 1875 figuraba en el listado de los mayores contribuyentes de esta provincia, ocupando el lugar 33—, donde sus herederos poseían, en torno a 1900, 13.298 ha<sup>32</sup>. José Rodríguez Yagüe, quien según la prensa salmantina estuvo relacionado con negocios poco claros del ferrocarril Transversal, compró en 1880 el término de Matilla de los Caños por 315.000 pesetas; lo vendió en 1901 por un millón de pesetas, lo que demuestra la rentabilidad de las inversiones rústicas, incluso en plena crisis finisecular<sup>33</sup>. Otro de los grandes fabricantes de Béjar, Francisco Gómez-Rodulfo López, también realizó durante este período inversiones de cierta relevancia al margen de la pañería, aunque en este caso parece que los activos industriales continuaban siendo, a inicios del siglo XX, la parte fundamental de su patrimonio. Así, según un informador del Banco de España, en 1910 Francisco Gómez-Rodulfo poseía una tercera parte de una dehesa en Plasencia valorada en 175.000 pesetas, dos casas en Béjar que se tasaban en 100.000 pesetas y títulos de deuda pública por un monto total de 75.000 pesetas. El resto de su patrimonio lo formaban los bienes industriales: 200.000 pesetas en que se valoraba la maquinaria de su fábrica, más un millón de pesetas invertido en el negocio de fabricación de paños y en el de elaboración de vestuario militar<sup>34</sup>.

Estos ejemplos muestran que por lo menos algunos de los más notorios fabricantes invirtieron fuera del sector una parte importante de los beneficios acumulados en la industria lanera. No obstante, ello sólo nos lleva a formular algunas preguntas adicionales: ¿por qué estos fabricantes consideraron más rentable o más segura la inversión en tierras y otros activos? ¿por qué no fue posible la emergencia de nuevas iniciativas empresariales de cierta solidez que contrarrestaran el efecto del comportamiento inversor de las grandes familias tradicionales de la industria?

32.- SÁNCHEZ MARROYO, Fernando: *Dehesas y terratenientes en Extremadura. La propiedad de la tierra en la provincia de Cáceres en los siglos XIX y XX*, Mérida, 1993, pp. 410-411; CONGOST, Rosa: «Las listas de los mayores contribuyentes de 1875», *Agricultura y sociedad*, 27 (1983).

33.- ROBLEDO, Ricardo: «El sueño de la propiedad perfecta produce monstruos. El crimen de Matilla de los Caños», *Salamanca. Revista de Estudios*, 43 (1999), pp. 286-290.

34.- A.H.B.E., *Operaciones*, leg. 157.

### 1.5. LOS PROBLEMAS ENERGÉTICOS

Uno de los problemas de la pañería bejarana hasta la electrificación de la industria en las primeras décadas del siglo xx<sup>35</sup> fue su dependencia, casi exclusiva, de la energía hidráulica, debido a que los elevados costes de transporte del carbón hacían inviable el uso del vapor como fuerza motriz. La principal dificultad que ello generó consistía en la escasez de agua en verano. El estiaje incidía fuertemente en la irregularidad de los ritmos de producción: según estimaban los fabricantes a inicios del siglo xx, durante los tres meses de estiaje la producción debía reducirse en aproximadamente una cuarta parte debido a la escasez de fuerza motriz hidráulica<sup>36</sup>. Ello impedía mantener la plena ocupación de la capacidad productiva, con los consiguientes efectos negativos sobre los costes unitarios del producto. Además, es posible que los establecimientos fabriles peor situados por lo que respecta a potencia disponible tuvieran dificultades para instalar las modernas máquinas, más exigentes en términos energéticos, de la segunda mitad del siglo xix: selfactinas y telares mecánicos<sup>37</sup>.

Mientras no se pueda realizar un análisis detallado de la documentación empresarial, no es posible precisar la incidencia que tuvieron los problemas energéticos sobre los costes de los fabricantes bejaranos de la segunda mitad del siglo xix e inicios del xx y, por lo tanto, sobre sus dificultades por competir con otros centros textiles españoles. No obstante, sabemos que los factores energéticos no pueden explicar los orígenes del declive relativo de la pañería bejarana respecto a los centros textiles del Vallés, un fenómeno que, como hemos visto, arranca ya de la primera mitad del siglo xix. La excesiva dependencia de la energía hidráulica no puede dar cuenta de por qué la producción de Béjar creció menos que la de las localidades catalanas ya antes de 1850, ni de por qué (ya) en esta etapa perdió posiciones en los segmentos más dinámicos del mercado. Esto es así porque antes de la década de 1850 la difusión del vapor fue muy limitada en las localidades laneras catalanas, especialmente en Sabadell<sup>38</sup>, que, como Béjar, dependieron fundamentalmente de sus escasos e irregulares recursos hidráulicos. Además, durante este período los fabricantes bejaranos sólo aprovecharon las aguas del río Cuerpo de Hombre a su paso por Béjar y Candelario, mientras que no demostraron ningún interés por otros recursos hidráulicos de la zona, incluso los existentes en el tramo alto del Tormes a su paso por diversas localidades de la comarca, que por el caudal de este río habrían podido contribuir a paliar la escasez de agua durante el estiaje. Así lo indica el análisis de las ventas de molinos y batanes registradas en los protocolos notariales entre 1825 y 1850. En este período se vendieron en la comarca 20 molinos harineros y 10 batanes; los fabricantes sólo adquirieron instalaciones de este tipo con el objetivo de convertirlas en fábricas de carda, hilatura o acabados en los términos en Béjar y Candelario, mientras que no prestaron ninguna atención a las oportunidades de adquirir molinos y batanes en el resto de los pueblos de la comarca. Además, la comparación entre los precios a los que se vendieron estas instalaciones en las distintas localidades –notoriamente más bajos en los pueblos comarcanos que en Béjar– parecen indicar también que no

35.- Francisco Gómez-Rodulfo fue el primer fabricante que electrificó parcialmente sus instalaciones, cuando a fines del siglo xix instaló telares mecánicos movidos por una fuerza eléctrica de 2.000 voltios. BUENO AGUADO, Cristino: *Del obrador a la fábrica. Vicisitudes de los centros textiles no catalanes*, Béjar, 1973, p. 125.

36.- IRS, *La huelga...*, p. 31; RODRÍGUEZ LÓPEZ, Gabriel: *La irregularidad del trabajo en la industria lanera, especialmente en Béjar*, Salamanca, 1949.

37.- Este argumento es formulado por BUENO AGUADO, Cristino: *Op. cit.*, p. 118, y también por PAREJO BARRANCO, Antonio: *Op. cit.*, p.81.

38.- BENAUL BERENGUER, Josep María: «La llana...», pp. 107-111.

existían presiones sobre los recursos hidráulicos existentes fuera del término de la capital de la comarca<sup>39</sup>.

### 1.6. BÉJAR, UN ENCLAVE INDUSTRIAL

Como se ha mencionado anteriormente, el proceso de modernización de la industria bejarana durante la primera mitad del siglo XIX fue excepcional en el contexto castellano y salmantino. Béjar fue un islote manufacturero en una región que profundizaba su especialización agropecuaria; se configuró, pues, durante esta etapa como un enclave industrial. En toda España la industrialización del sector textil lanero tuvo un carácter muy localizado. Porcentajes elevadísimos de la producción de tejidos de lana se concentraban en unos pocos municipios, de los que los más importantes eran Sabadell, Terrassa, Alcoy, Béjar y Antequera. No obstante, a diferencia de las dos ciudades laneras catalanas, el resto de estas localidades, entre ellas Béjar, no se insertaban en regiones industriales y sobre todo no contaban con la proximidad de una industria algodonera en rápido desarrollo.

Su carácter de enclave industrial impuso a Béjar desventajas muy diversas respecto a los centros laneros catalanes. Por una parte, mientras que en el caso catalán el ejemplo y el reto planteado por el algodón incentivó el cambio técnico en la industria lanera, es razonable plantear la hipótesis de que el aislamiento industrial de Béjar tuvo efectos negativos en el terreno de la difusión de tecnología. Pese a que los fabricantes y técnicos bejaranos se esforzaron por conocer de primera mano las más modernas tecnologías textiles y pese al esfuerzo de difusión de conocimientos<sup>40</sup>, probablemente la información tecnológica debía de circular con menor fluidez que en zonas con mayor densidad industrial.

Por otra parte, el limitado tamaño de este centro industrial frustró el incipiente desarrollo de un sector local de construcción y reparación de maquinaria textil, con lo que Béjar no pudo contar con un activo fundamental para la difusión y adaptación de tecnología. Durante las primeras décadas del ochocientos la mecanización de la pañería bejarana impulsó la emergencia de pequeñas empresas locales de producción y reparación de maquinaria. Este sector había adquirido cierta relevancia a mediados de siglo; en un informe redactado por los profesores de la Escuela Industrial en 1855 se afirmaba que existían en la villa industrias «como las de fundiciones de metales y talleres de carpintería y herrería, donde se construyen diferentes máquinas para esta Ciudad, para otras del Reino y aun para Portugal»<sup>41</sup>. Algunas de estas iniciativas empresariales habían sido protagonizadas por técnicos extranjeros que llegaron a Béjar durante las primeras fases de la mecanización, como la fundada por Enrique Brochín, natural de Reims, quien ya en 1826 declaraba estar domiciliado en Béjar con el oficio de «construir máquinas, herrería y cerrajería»<sup>42</sup>. En otros casos, se trató de maquinistas de origen local. Durante las décadas de 1830 y 1840 mantenían su actividad dos profesionales dedicados a la construcción de máquinas textiles de madera –José Muñoz Amador y Bartolomé Fernández Calahorra– y una empresa –la de Isidro García Crego y Sobrinos– constructora de máquinas de hierro. El tamaño de estas empresas, iniciativa de carpinteros y cerrajeros locales, era modesto. En 1843 el caudal de García Crego y Sobrino

39.- Referencias y detalles sobre esta cuestión en ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil lanera...*, pp. 250-252.

40.- Sobre la Escuela Industrial y la enseñanza técnica en la segunda mitad del siglo XIX, HERNÁNDEZ DÍAZ, José M.ª: *Educación y sociedad en Béjar durante el siglo XIX*, Salamanca, 1983, pp. 199-258. Sobre los mecanismos de difusión tecnológica durante la primera mitad del siglo XIX, ver ROS MASSANA, Rosa: *La industria textil lanera...*, pp. 242-246.

41.- A.M.B., *Correspondencia*, 22-12-1855.

42.- A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 1102-8, f. 70.



Acueducto originario  
de la Fc<sup>a</sup> de Papel

se componía de «herramientas, fraguas, efectos, asientos, materiales y maderas de taller» tasados en sólo 34.160 reales<sup>43</sup>.

Pese a este inicial florecimiento de las industrias mecánicas, pronto este sector dio muestras de escaso dinamismo. La tecnología quedó estancada, ya que todo parece indicar que las empresas locales producían, todavía a mediados de los años cuarenta, surtidos equipados con *jennies* de tipo similar a las primeras máquinas Cockerill que se instalaron en la villa en la década de 1820<sup>44</sup>.

A inicios del siglo xx, después de varias décadas de declive de la industria lanera, esta serie de iniciativas en el ámbito de las industrias mecánicas habían desaparecido en su mayor parte. En el primer decenio del siglo xx el sector había quedado reducido a un minúsculo taller de peines metálicos elaborados con técnicas manuales y a la empresa de fundiciones, herrería y cerrajería mecánicas de Luis Izard, batanero y mecánico de origen catalán que se instaló en Béjar en 1881, donde montó una fábrica de aprestos y, más tarde, la empresa de construcciones mecánicas. La producción de Izard era muy diversificada y no se reducía a la producción de piezas para máquinas textiles, sino que incluía maquinaria para la elaboración de aceites, harinas o vino, además de turbinas y ruedas hidráulicas. Además, la empresa de Izard era de reducido tamaño, incluso en el contexto del sector de construcciones mecánicas de la provincia de Salamanca. Así, en 1901 el taller de herrería y cerrajería y la fundición de Izard pagaban de contribución industrial 462 ptas., mientras que las mayores empresas metalúrgicas de la provincia, las de Maculet y Moneo en la ciudad de Salamanca, pagaban 1.431 y 2.257 ptas. respectivamente.

Las escasas realizaciones de las industrias mecánicas en Béjar después de su primer auge durante la primera mitad del siglo xix no deben sorprendernos. En las primeras fases de la mecanización de la industria lanera, las máquinas eran sencillas y de pequeño tamaño, lo que permitía la existencia de pequeños talleres de construcción de ingenios textiles. El posterior desarrollo de la maquinaria textil implicó el aumento del tamaño mínimo eficiente de las empresas mecánicas dedicadas a este tipo de producto. En estas condiciones, las empresas localizadas en el pequeño enclave textil bejarano disponían de un mercado demasiado reducido para abordar su modernización productiva. La empresa de Luis Izard, la única que se mantuvo en activo, pudo subsistir gracias a una estrategia de diversificación del tipo de producto, completando la producción y reparación de maquinaria textil con la producción de ingenios para las industrias alimentarias y eléctricas.

El carácter de enclave industrial de Béjar tuvo otras consecuencias además de las relacionadas con la difusión tecnológica. El escaso dinamismo industrial y comercial de las comarcas de su entorno y su baja densidad de población fueron la causa de la tardía inserción de esta localidad en el mapa ferroviario español —este medio de comunicación no llegó a Béjar hasta 1894—, lo que tuvo sin duda consecuencias negativas sobre los costes de transporte que tenía que soportar la pañería local.

43.- Sobre estos maquinistas de origen local, A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 817-1, f.233 y 275-276; prot. 652, fs. 69-70; prot. 6964, fs. 161-162,

44.- A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 653, f. 114.

Por otra parte, la inexistencia de un amplio tejido industrial y comercial a escala regional limitó la oferta de servicios comerciales con que podían contar los fabricantes bejaranos, que a diferencia de los catalanes, no pudieron contar con importantes y activos grupos mercantiles para la comercialización de sus paños. Los fabricantes más modestos tuvieron que recurrir a los pequeños tratantes y arrieros independientes de la comarca, cuyas empresas experimentaron además importantes dificultades durante la primera mitad del siglo XIX, mientras que las empresas pañeras más importantes tuvieron que internalizar la comercialización de sus tejidos, invirtiendo en estructuras comerciales en los principales puntos de venta. Adicionalmente, existen indicios de que el reducido tamaño de este centro industrial dificultó la emergencia de un mercado local de capitales suficientemente amplio y adaptado a las necesidades de la industria.

Como veremos a continuación, estos condicionantes, junto con los impuestos por la especialización productiva, moldearon un tipo de estructura empresarial que tuvo también consecuencias negativas para la capacidad de adaptación de Béjar a los retos planteados a la industria lanera en la España del siglo XIX.

### 1.7. LA ESTRUCTURA EMPRESARIAL

En ocasiones, se ha achacado el atraso tecnológico y las dificultades comerciales de las empresas bejaranas al minifundismo empresarial, con la consiguiente fragilidad financiera de las empresas y su inadecuación a las innovaciones, más capital intensivas, de la segunda fase de la mecanización. Como veremos más adelante, el minifundismo empresarial era ciertamente uno de los rasgos de la industria bejarana a fines del siglo XIX. No obstante, ello no era herencia del pasado artesano y prefabril, ya que durante la primera fase de la mecanización la estructura empresarial de la pañería bejarana no era sustancialmente distinta de la de otros centros que a largo plazo tendrían una trayectoria más exitosa.

Veamos algunos datos sobre las principales empresas de la villa antes de 1850. En 1832 el fabricante Antonio María Olleros declaraba una producción anual de 1.100 piezas y ocupaba a 174 operarios; a mediados de siglo, Rodríguez y Hermanos, cuya empresa contaba con 182 obreros, elaboraba(n) unas 2.400 piezas de paño y bayeta de 24 a 28 varas, y Jerónimo Gómez Rodulfo producía en las mismas fechas de 1.200 a 1.400 piezas, empleando entre 180 y 200 trabajadores<sup>45</sup>. Estas empresas difícilmente pueden ser consideradas de pequeño tamaño en el contexto de la industria lanera española de la época. A fines de los años veinte, las que eran entonces las dos mayores empresas laneras catalanas fabricaban respectivamente 1.200 y 1.400 piezas anuales, mientras que en Sabadell, donde existía una estructura más descentralizada, la mayor empresa producía, en 1827, 512 piezas. Por lo que respecta al número de trabajadores, en Sabadell sólo existían en 1858 cuatro empresas con más de 100 trabajadores, que ocupaban de media a unos 155 obreros cada una.

Las principales empresas de la villa tenían sin duda un carácter fabril. Las instalaciones de la ribera del río concentraron rápidamente la mayor parte de los surtidos de cardar e hilar, de forma que la transformación de los espacios productivos en el cardado y la hilatura —actividades fundamentalmente domésticas, especialmente la segunda, durante el siglo XVIII— fue radical. En los acabados, la primacía de las fábricas hidráulicas era más parcial, porque, aunque la mayor parte de las perchas estaban instaladas en este tipo de establecimientos, las tundosas y los cepillos mecánicos solían

---

45.- A.H.P.S., *Contaduría de Hipotecas*, lib. 262, fs. 99-101; CAVEDA, José: *Op. cit.*, pp. 477-479.

localizarse, por lo menos hasta mediados de la década de 1830, en los talleres del casco de la villa y eran movidos por norias con tracción animal.

Por otra parte, las principales empresas mantenían un elevado grado de concentración de la producción en aquellas fases del proceso productivo no modificadas por el cambio técnico, especialmente el tisaje. Muestra de ello es que en los años treinta las secciones de tisaje de las casas-fábrica de los tres principales fabricantes contaban con 17, 16 y 14 telares respectivamente<sup>46</sup>, aunque con toda probabilidad estos individuos podían también recurrir ocasionalmente a la subcontratación del tejido a minúsculas empresas de tisaje, que proliferaron durante este período. Además, la desamortización de los conventos de la villa, adquiridos por fabricantes y destinados a obradores de paños, acentuó el carácter «protofábrica» de las fases no mecanizadas del proceso productivo.

No obstante, la estructura industrial de Béjar permitía la existencia de un número importante de pequeñas y medianas unidades productivas. En muchos casos, se trataba de minúsculas empresas centradas sólo en una fase del proceso productivo, especialmente el tisaje, que se confundían con el taller del artesano doméstico. Algunos ejemplos permiten observar las características de este tipo de empresas. En 1840 la «fábrica» de Bernardo García se componía, por lo que respecta a los instrumentos productivos, de un telar, un urdidor, una caldera de encolar y una máquina de varear lanas; las existencias en hilo y telas inacabadas se valoraban en sólo 800 reales. En 1841 la fábrica de la viuda Juana Téllez se tasaba en sólo 2.769 reales. Constaba de un telar, un urdidor, dos calderas para la cola y una tabla de espinzar. Las existencias de materias primas se reducían a 8 arrobas de lana en sucio, 11 arrobas y 6 libras de lana lavada, 62 libras de hilo y 6 arrobas de cola<sup>47</sup>.

Además de estas minúsculas unidades productivas, proliferaron durante esta etapa pequeñas y medianas empresas que realizaban en instalaciones propias distintas fases del proceso productivo. Pese a su carácter muy modesto, buena parte de ellas contaban con alguna maquinaria para la hilatura o los acabados. Como en el caso anterior, algunos ejemplos pueden ser útiles para describir sus características. En 1831 la «fábrica» de Luís Sánchez constaba, por lo que respecta a los instrumentos de producción, de una sexta parte de un surtido de cardar e hilar, una séptima parte de una percha mecánica y una octava parte de una máquina de tundir. El conjunto de los bienes de esta modestísima empresa, incluyendo las existencias en lanas, hilo y paños, se tasaban en sólo 8.720 reales. La empresa de Máximo Regadera, cuyos instrumentos productivos y existencias se valoraron en 1841 en 23.938 reales, disponía de una máquina vareadora, un urdidor, dos telares, un tendedero y una pila de batán en Candelario. Algo más importante debió de ser la actividad de Anacleto López. En 1835 contaba con una máquina vareadora, un tercio de surtido de cardar e hilar, un urdidor, tres telares, una cuarta parte de una percha mecánica y la mitad de otra, una quinta parte de una tundosa y una cuarta parte de una prensilla de mano. El conjunto de los bienes de la «fábrica» se valoraba en 67.015 reales<sup>48</sup>.

La coexistencia de empresas de tamaños y características muy diversas en las primeras fases de la mecanización no es algo sorprendente ni característico del caso bejarano. Ésta fue la pauta general en un sector que experimentó cambios técnicos graduales y en el que, hasta la segunda mitad del siglo XIX, fases cruciales del proceso productivo —especialmente el tisaje— eran manuales y requerían escasas inversiones en capital fijo. Además, dos fenómenos permitieron la difusión de las nuevas

46.- A.H.P.S., *Contaduría de Hipotecas*, lib. 262, fs. 87-89.

47.- Estos ejemplos proceden de A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 1043, fs. 2-5 y prot. 652, fs. 76-77.

48.- A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 1.042, fs. 146-150; prot. 1.104, fs. 38-43; prot. 652, fs. 86-91.

tecnologías entre multitud de pequeños fabricantes. Por una parte, la extensión de la propiedad compartida de surtidos de carda e hilatura, de perchas y de tundidoras. En segundo lugar, la práctica –muy común también en otras zonas durante las primeras fases de la industrialización– de acceder a la energía hidráulica colocando máquinas en edificios ajenos, a través del arrendamiento de algunas de sus estancias.

Mientras que en la primera mitad del siglo la estructura empresarial de Béjar no presentaba disparidades notables con la de otros centros peninsulares, no sucedía lo mismo en el último tercio del ochocientos, avanzado ya el proceso de crisis de la industria local. La comparación del tamaño de las secciones de hilados y tejidos en las empresas bejaranas y las de Sabadell durante este periodo (ver cuadro 2) proporciona algunos detalles sobre ello.

CUADRO 2: TAMAÑO DE LAS SECCIONES DE HILADOS Y TEJIDOS EN BÉJAR Y (EN) SABADELL DURANTE EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX

TELARES *		1-3	4-9	10-19	20-29	30 o más
BÉJAR (1888)	(1)	64	22	4	1	0
	(2)	35	38	19	8	0
SABADELL (1874)	(1)	39	26	13	4	12
	(2)	6	15	19	9	51

HUSOS		-100	100-599	TOTAL menos de 600	600-999	1.000-1.999	2.000 o más
BÉJAR (1888)	(1)	6	52	58	1	1	0
	(2)	3	80	83	7	9	0
SABADELL (1884)	(1)	-	-	3	40	23	6
	(2)	-	-	1	37	36	27
BÉJAR (1900)	(1)	0	20	20	4	2	0
	(2)	0	47	47	25	28	0
SABADELL (1904)	(1)	-	-	7	30	19	9
	(2)	-	-	1	26	29	43

\*: Telares manuales. Los mecánicos reducidos a manuales (1 = 2)

(1): Número de contribuyentes; (2): Porcentaje de los telares o husos sobre el total.

FUENTES: A.M.B., *Matrículas Industriales*; BENAUL BERENGUER, Josep María: «La llana...», pp. 145-146.

En el tisaje, las muy pequeñas unidades productivas –con 3 telares o menos–, poseían en el Béjar de 1888 un 35 por 100 de los telares, mientras que unos diez años antes en Sabadell contaban sólo con un 6 por 100 de los telares. Por otra parte, en Béjar son prácticamente inexistentes las grandes secciones de tisaje: mientras que en Sabadell los contribuyentes con 30 telares o más poseían el 51 por 100 del total de estos instrumentos productivos, en Béjar no existía ningún industrial con secciones de tisaje de tamaño similar, y sólo un contribuyente tenía más de 20 telares.

Algo parecido sucedía en el caso de la hilatura. En la década de 1880, un 83 por 100 de los husos instalados en Béjar estaban en manos de pequeños industriales con menos de 600 husos, mientras que en Sabadell estas unidades productivas eran prácticamente inexistentes. En cambio, mientras que en esta última ciudad los contribuyentes con más de 1.000 husos poseían en 63 por 100 de éstos, en Béjar el único industrial de estas características disponía únicamente del 9 por 100 de los husos. Aunque de la década de 1880 a 1914 se observa en Béjar un cierto proceso de concentración empresarial, éste no fue de magnitud suficiente para acortar las muy enormes diferencias entre sus empresas y las de los centros punteros a escala española.

Las empresas bejaranas de fines de siglo eran muy pequeñas, pero además otra característica de la estructura industrial de Béjar a fines de siglo es la gran importancia

relativa de las empresas de ciclo completo en relación a las de fase. En 1900 las empresas bejaranas que integraban la hilatura, el tisaje y algunas fases de los acabados concentraban el 73 por 100 de los husos instalados en la ciudad y el 81 por 100 de los telares. Por el contrario, las 7 empresas de hilados sólo disponían del 16 por 100 de los husos y las 8 empresas de tejidos, del 10 por 100 de los telares. Esta estructura era relativamente similar a la de otros centros laneros no catalanes, como Alcoy, donde entre 1880 y 1913 las empresas de fase en la hilatura concentraban sólo entre el 8 y el 10 por 100 de los husos y las empresas de tisaje entre el 18 y 25 por 100 de los telares<sup>49</sup>. Sin embargo, bien distinto era el grado de integración vertical en las ciudades del Vallés. En Sabadell las empresas de ciclo integral concentraban sólo el 17 por 100 de los telares y el 8,6 por 100 de los husos en 1904; en Terrassa, donde tomaron mayor importancia las empresas de ciclo integral, éstas disponían del 45 por 100 de los telares y del 20 por 100 de los husos en la misma fecha.

La escasa presencia de empresas de fase de cierto tamaño se explica por varias razones. En parte era consecuencia de las exigencias del Ejército que, por lo menos durante la primera mitad del siglo, prohibía a sus suministradores la subcontratación. Por otra parte, el pequeño tamaño del centro industrial y la vulnerabilidad de muchas de sus empresas restringían el desarrollo del mercado de bienes intermedios y con ello dificultaba la emergencia de industrias de fase de cierto tamaño. Además, uno de los principales incentivos a la especialización vertical –las mayores posibilidades de plena utilización de la capacidad productiva de las empresas de fase, que podían diversificar el riesgo de las coyunturas adversas trabajando para firmas especializadas en distintos mercados finales– debía de operar en menor medida en Béjar que en otros centros textiles coetáneos. Esto es así porque, dada la escasa diversificación del tipo de producto y de los clientes de la pañería bejarana, progresivamente centrada en el mercado militar, las fluctuaciones de las ventas debían de afectar de forma bastante simultánea a la mayor parte de las empresas. En estas condiciones, las únicas empresas de fase en la hilatura y el tisaje eran unidades productivas cuasi artesanales, que proliferaban en momentos de auge para desaparecer en momentos de crisis.

El predominio de empresas de ciclo completo de tamaño reducido era pues consecuencia de las restricciones impuestas por el tipo de producto y de mercados y por el reducido tamaño del centro industrial. Sin embargo, esta tipo de estructura empresarial conllevaba ineficiencias y obstáculos al cambio técnico, lo que, a la postre, dificultaba la capacidad de la industria bejarana para penetrar en otros segmentos del mercado, en los que debería competir con las más eficientes empresas catalanas. Su pequeño tamaño debió de dificultar seriamente la realización de economías de escala y de desincentivar la innovación técnica, porque la introducción de máquinas más poderosas, como las selfactinas o los telares mecánicos, comportaba, para la mayor parte de las empresas, el riesgo de incurrir con frecuencia en exceso de capacidad. Además, debido a los problemas antes mencionados, los problemas de exceso de capacidad difícilmente podían resolverse, como en otros centros pañeros coetáneos, reorientando la producción hacia operaciones por cuenta de terceros.

Una última característica de la estructura empresarial bejarana es el elevado grado de continuidad de la cúpula empresarial y las escasas posibilidades de movilidad ascendente de los pequeños fabricantes. Ello se observa ya durante la etapa de crecimiento de la industria bejarana de la primera mitad del siglo XIX, la etapa en la que, a priori, podría haber habido mayores oportunidades de movilidad ascendente debido

---

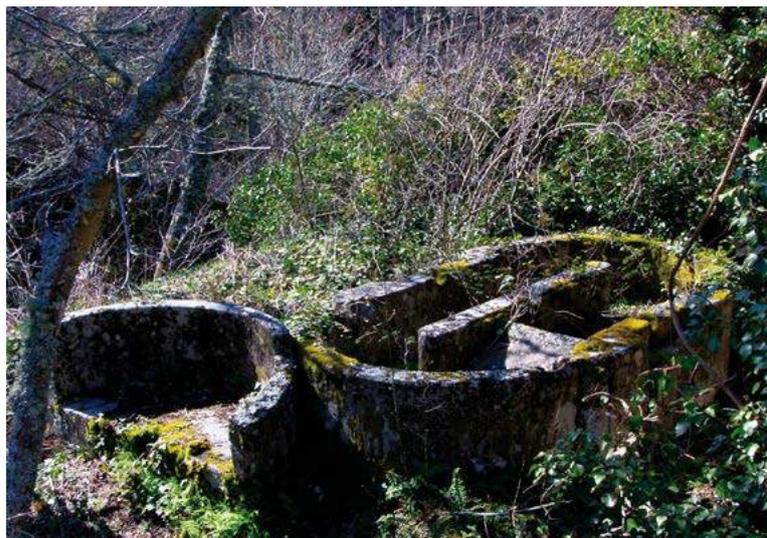
49.- No obstante, las principales empresas integradas verticalmente eran en Alcoy de tamaño mayor que las de Béjar, ya que en 1913 tenían de media 1.435 husos y 29 telares. CUEVAS, José: *op. cit.*, pp. 35 y 36.

al dinamismo de la pañería local y a las todavía modestas exigencias en capital inicial para incorporarse a la fabricación de paños.

La primera generación de industriales que invirtieron en edificios hidráulicos durante los años veinte y primera mitad de los treinta (que, a grandes rasgos, coinciden con los principales fabricantes del período) procedían en su mayor parte de familias que ya habían iniciado un proceso de ascenso económico antes de la Guerra de la Independencia, de manera que los ejemplos de movilidad ascendente partiendo de las filas de los artesanos o los pequeños fabricantes del siglo XVIII fueron excepcionales. En la segunda generación, la que se incorporó al negocio en la segunda mitad de los años treinta y en los cuarenta, se observa una combinación entre la acumulación gradual partiendo de las filas de los medianos fabricantes y la decisiva intervención de las alianzas matrimoniales con las familias de los principales industriales de la primera generación.

En los últimos años del siglo XIX, la crisis industrial probablemente reforzó todavía más la cerrazón de la cúpula empresarial, ya que impuso obstáculos adicionales a los procesos de ascenso económico protagonizados por individuos con escasos medios. Los cinco principales contribuyentes en 1900, los únicos que pagaban más de 500 ptas. de contribución industrial, se encuentran en todos los casos en la lista de los cinco principales fabricantes de 1888 o son herederos directos de ellos<sup>50</sup>. Además, la mayoría procedían de las grandes familias de industriales que se encumbraron a los primeros puestos de la industria local en la primera mitad del siglo XIX. Incluso en el estrato inmediatamente inferior, el de los contribuyentes que pagaron en 1900 entre 250 y 500 ptas., predominaban los miembros de las principales familias de antigua tradición en el negocio.

Esta rigidez en la promoción de empresarios (similar a la observada en el caso de Alcoy, pero mucho más acusada que en las ciudades del Vallés, donde el reclutamiento empresarial fue bastante más abierto<sup>51</sup>) tenía causas muy diversas. Por una parte, este fenómeno estaba relacionado con la vinculación de la pañería bejarana al mercado militar. Los fabricantes que deseaban optar a la producción de paños militares debían cumplir con las condiciones que imponía la Administración sobre capacidad productiva mínima, lo que dificultaba decisivamente las ventas de los pequeños fabricantes al Ejército. Por otra parte, la asociación de comerciantes con fabricantes de escaso caudal, que fue una de las vías que permitió el ascenso económico de los segundos en el caso de otros centros laneros del siglo XIX, fue irrelevante en el caso de Béjar. Por lo menos en parte, esto se debía a las características de la actividad de los grupos comerciales del entorno más próximo. Al contrario de lo que sucedía en otras zonas que contaban con una sólida burguesía mercantil muy interesada en la comercialización de tejidos, la intervención de los comerciantes salmantinos y de otras ciudades del entorno en la redistribución de paños de Béjar era, ya desde el siglo XVIII, prácticamente nula. El hecho de que las expectativas de estos comerciantes no estuvieran



Pila holandesa. Fc<sup>a</sup> de papel de El Barquillo. Candelario.

50.- Los cinco principales contribuyentes de 1900 eran Jerónimo Rodríguez Yagüe, José Rodríguez Yagüe, Hijo de José Rodríguez, Antonio Barrientos Lucio y Jerónimo Gómez Rodulfo.

51.- CUEVAS, José: *Op. cit.*, pp. 37-38; BENAUL, Josep María: «Els empresaris de la industrialització. Una aproximació des de la indústria llanera catalana (1815-1870)», *Recerques*, 31, 1995, pp. 93-133.

vinculadas a la trayectoria del sector textil bejarano, explica el desinterés de estos grupos por la inversión directa en la industria porque, como han mostrado estudios sobre otras zonas manufactureras en las que sí existió una activa participación de los grupos comerciales, la aportación de capitales por parte del capital mercantil no sólo perseguía participar en el beneficio industrial, sino también facilitar la expansión del negocio comercial.

Las escasas posibilidades de ascenso económico abiertas a los hombres de orígenes modestos debieron de tener algunas consecuencias negativas para la trayectoria de la pañería bejarana. Por una parte, limitaban la competencia entre los fabricantes locales, con resultados probablemente negativos sobre la intensidad del cambio técnico. Además, amplificaban los efectos que para el conjunto de la industria local podían tener determinadas decisiones económicas tomadas por los principales fabricantes. En este sentido, las estrategias de diversificación de ingresos que practicó un segmento de la cúpula empresarial —que, como hemos visto, participó activamente en el mercado de la tierra y en otros negocios ajenos a la pañería— tuvieron quizá efectos más acusados sobre la evolución de la inversión industrial en esta localidad que en otros centros pañeros.

## 2. LOS CURTIDOS

La industria de la piel tenía una larga tradición en Béjar. No obstante, en el siglo XVIII esta actividad, que se localizaba exclusivamente en la capital del partido, era de alcance muy modesto en comparación con otros centros de la provincia, como Salamanca capital o Ledesma. A mediados del setecientos el Catastro de Ensenada contabilizaba 15 individuos ocupados en el sector, a los que se consideraban unas utilidades totales de en torno a los 8.000 reales. En contraste, en Salamanca existían, en el mismo momento y según la misma fuente, 67 personas ocupadas en la industria de la piel, que generaba unas utilidades anuales de más de 100.000 reales<sup>52</sup>.

En el conjunto de la provincia de Salamanca, los curtidos fueron uno de los sectores más dinámicos durante el siglo XIX. Según la Estadística Administrativa de la Contribución Industrial de 1900, las empresas salmantinas de cueros y calzado aportaban el 6,4 por 100 de las cuotas de la contribución industrial satisfechas por este sector en España, un porcentaje muy superior a la aportación salmantina a cualquier otro sector industrial. En aquel momento, Salamanca ocupaba el cuarto lugar entre todas las provincias productoras de géneros de cuero, muy por detrás de Barcelona (que lideraba claramente el sector con una aportación del 25 por 100), pero siguiendo muy de cerca a Valladolid y Madrid, segunda y tercera provincias productoras respectivamente. Además, la desagregación de este sector en sus dos grandes ramas —curtidos y calzado— muestra que, mientras que la industria zapatera de la provincia de Salamanca tenía en 1900 una importancia desdeñable a nivel nacional, en la fabricación de curtidos la provincia se situaba en segundo lugar, sólo precedida de Barcelona. Todo ello suponía un notable avance respecto de la situación de mediados de siglo: en 1856 Salamanca ocupaba un lugar mediocre en la curtición española, ya que era la décima provincia productora de curtidos y aportaba sólo el 3,4 por 100 del total de cuotas satisfechas por las industrias de la piel.

La comarca de Béjar jugó un importante papel en la positiva trayectoria de la curtición provincial. Mientras que centros curtidores más importantes que Béjar en el

---

52.- Salamanca 1753. Según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada, Madrid, 1991, pp. 73, 141-147, 187-188; Béjar 1753. Según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada, Madrid, 1990, pp. 97 y 117.

siglo XVIII, como Ledesma o Ciudad Rodrigo, se estancaron o declinaron en el ochocientos, las tenerías de Béjar y especialmente las del Puerto de Béjar –que emergió en esta centuria como uno de los principales centros curtidores de la provincia– experimentaron una notable expansión. De esta forma, a inicios del siglo XX las cinco empresas existentes en la comarca superaban conjuntamente la capacidad productiva de la industria de Salamanca capital y de la vecina localidad de Aldeatejada, y se situaban muy por delante de las existentes en otros centros de la provincia (ver cuadro 3).

CUADRO 3: CONTRIBUYENTES, CAPACIDAD PRODUCTIVA Y CUOTAS DE LA CONTRIBUCIÓN INDUSTRIAL EN LA INDUSTRIA CURTIDORA SALMANTINA (1900-1901)

	Nº contribuyentes	Metros cúbicos capacidad	Molinos corteza a vapor	Molinos corteza con caballerías	Contribución total
ZONA DE SALAMANCA (SALAMANCA Y ALDEATEJADA)	19	2154,95	4	11	6.253,71
ZONA DE BÉJAR (PUERTO DE BÉJAR Y BÉJAR)	5	2.231,06	3	2	6.850,82
LEDESMA	8	610	-	8	2.633,14
PEÑARANDA	1	168,15	1	-	517,95
VILLAVIEJA	10	-	-	-	93
ALBA DE TORMES	1	-	-	1	141,53
FUENTE DE SAN ESTEBAN	1	33	-	1	104,58
ROLLAN	1	-	-	-	74,34
TAMAMES	1	-	-	-	68,02 *

Nota: Los datos sobre Salamanca capital proceden de la matrícula industrial de 1900. Los del resto de pueblos, de la de 1901.

\*: Incluye la contribución por un molino harinero.

FUENTES: AHPS, *Hacienda*, leg. 1268, 1155-1158.

Fue la expansión de esta actividad en Puerto de Béjar lo explica el avance de la curtición en la zona, ya que en 1900 la capital de la comarca sólo contaba con una empresa en el sector, la de la Viuda de Galindo. En el Puerto, donde no existía ninguna tradición curtidora previa, se instaló a inicios del siglo XIX el fabricante de curtidos de origen extranjero Santiago Arguindey<sup>53</sup>. Sus sucesores, Luis Arguindey Legren y Tomás Arguindey Gómez eran dos de los tres empresarios curtidores de la localidad en 1901. Fue probablemente en la década de 1840 cuando se instaló en Puerto una segunda fábrica de curtidos. Su propietario era Manuel Gregorio, miembro de una de las sagas de arrieros y tratantes locales<sup>54</sup>. Como en el caso de Arguindey, también esta iniciativa tuvo larga continuidad: el descendiente de Gregorio, Juan José Gregorio Martín, contaba en 1901 con dos fábricas en la localidad.

Estas empresas estaban especializadas en la producción de cueros bovinos: en 1901 todos los curtidores de Puerto de Béjar se autodefinían como fabricantes de curtidos de pieles de vaca, y las suelas y becerros ya parecen haber sido el producto predominante –tal vez exclusivo– de las primeras fábricas establecidas en la localidad en la década de 1820<sup>55</sup>. Poco es lo que sabemos sobre el radio de comercialización de

53.- La primera ocasión en la que he podido localizar la fábrica de curtidos de Arguindey es en 1828. A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 1103, fs. 100-101.

54.- La primera ocasión en la que Manuel Gregorio aparece en la documentación como fabricante de curtidos es en 1848. A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 6965, f. 17.

55.- A.H.P.S., *Hacienda*, leg. 1157, Matrícula industrial de Puerto de Béjar. Ya en 1828 el curtidor Santiago Arguindey se definía como fabricante de curtidos de suela y becerro. A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 1103, fs. 100-101.

sus productos, aunque durante la primera mitad del siglo XIX las tenerías de Puerto de Béjar parecen haber orientado sus ventas principalmente hacia Extremadura y Andalucía<sup>56</sup>, y es indudable que durante todo el periodo las ventas superaban el ámbito provincial.

La industria curtidora de la comarca dio lugar, además, a algunas de las principales experiencias empresariales de la provincia de Salamanca. De las once empresas manufactureras salmantinas que en 1901 satisfacían unas cuotas superiores a las 1.000 pesetas, dos se dedicaban a la curtición y se localizaban en la comarca de Béjar. Eran las de Juan José Gregorio Martín, de Puerto de Béjar, quien sólo por uno de los dos establecimientos que tenía en esta localidad contribuía por 2.036,18 reales —si sumamos lo que satisfacía por sus dos fábricas de curtidos (3.496,8 pesetas) era el primer contribuyente manufacturero de la provincia—, y la de los hijos de la Viuda de Galindo en Béjar, con una cuota de 1.727,13 pts. Estas empresas incorporaron, además, algunas innovaciones tecnológicas, especialmente el uso del vapor y, más tarde, de la electricidad, para la molturación de las cortezas curtientes. Así, dos de las empresas de Puerto y la de la Viuda de Galindo en Béjar disponían en 1901 de molinos de corteza a vapor. En 1913 la empresa de José Galindo Pamo utilizaba la electricidad para moler las cortezas y para el removido de las pieles.

Los favorables factores de localización de que gozaba la curtición en la comarca de Béjar y, en general, en la provincia de Salamanca contribuyen decisivamente a explicar el auge de esta industria durante el siglo XIX. La localización de la industria de la piel tradicional estaba fuertemente condicionada por la facilidad del aprovisionamiento de materias curtientes (corteza de encina, pino, roble o castaño, y otros vegetales, especialmente el zumaque) y de pieles. Desde ambos puntos de vista la comarca de Béjar contaba con indudables ventajas: la abundancia de ganado vacuno determinaba la existencia de una amplia oferta de pieles —aunque ya desde fines del siglo XVIII se curtían también cueros al pelo de Buenos Aires—, mientras que la importancia de la superficie arbolada de castaño y roble, junto a la amplia oferta de corteza de encina que procedía de las dehesas de las comarcas próximas, dotaba a la industria de una abundante fuente de aprovisionamiento de materias curtientes. Además, los curtidos establecían una relación simbiótica con otra actividad industrial de gran importancia en la comarca: la chacinería. El gran número de ganado vacuno sacrificado en un pueblo como Candelario, especializado desde antiguo en la fabricación de chacinas, impulsó con toda probabilidad la industria curtidora de la vecina localidad de Puerto de Béjar.

No obstante, cuando a fines del siglo XIX e inicios del XX se inició en toda Europa la modernización tecnológica del sector, se transformaron radicalmente los factores de localización de esta industria, lo que acabó limitando sus posibilidades de desarrollo en la comarca de Béjar. Además de la aplicación de la energía inanimada al molido de las cortezas curtientes —un tipo de innovación que, como se ha indicado, estaba presente en las tenerías bejaranas—, los principales cambios técnicos que se difundieron en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX estaban dirigidos sobre todo a solucionar uno de los principales cuellos de botella que limitaba la expansión de esta industria: la larga duración del proceso de curtición. En la tenería tradicional, el tiempo necesario para curtir las pieles oscilaba entre los 12 y los 18 meses. Esto implicaba la necesidad de mantener un importante volumen de capital inmovilizado, sobre todo en pieles y curtientes. La progresiva aplicación

---

56.- A.H.P.S., Protocolos, prot. 1103, (1828) fs. 100-101 y (1831) f. 21; prot. 649, (1838) f. 99; prot. 1044 (1848), f. 57 y (1851), f. 55

de extractos tánicos a partir de la década de 1870 modificó radicalmente esta situación, al permitir reducir considerablemente el tiempo necesario para la realización del proceso productivo. Pero lo que aquí interesa subrayar es que el uso de estas nuevas materias curtientes modificó los criterios de localización de la industria. Como los costes de transporte de los extractos eran notoriamente más bajos que los de las cortezas tradicionales, la cercanía a una abundante oferta de materias curtientes vegetales pasó a ser un factor de localización menos determinante. Estas transformaciones en los factores de localización se vieron reforzadas con la introducción de la curtición química, por medio de sales de cromo, una técnica que se empezó a aplicar en España durante la primera década del siglo xx.

Por otra parte, la baja de los fletes permitió la creciente importación de cueros, por lo que la abundancia local de pieles pasó a ser menos decisiva, mientras que se revalorizaba la importancia de la proximidad a los principales puertos importadores. En este contexto, otros factores de localización, especialmente la cercanía a aglomeraciones urbanas, principales centros de consumo de zapatos, adquirieron una importancia creciente, sobre todo cuando a inicios del siglo xx la mecanización de la industria zapatera permitió la expansión del consumo de calzado de cuero.

Los efectos de estas transformaciones sobre la industria curtidora bejarana no fueron inmediatos. La curtición vegetal rápida (es decir, el uso de extractos tánicos) se empezó a aplicar en Cataluña en la década de 1880, pero no se generalizó en algunos de los principales núcleos productores de esta región –como Igualada– hasta los años del cambio de siglo. Por otra parte, la curtición al cromo no se aplicaba al curtido de la suela, con lo cual la industria bejarana, como la de otras regiones españolas, pudo subsistir temporalmente centrándose en este tipo de producto. Esta fue la estrategia de la única empresa de la comarca que en 1943 todavía se contaba entre las principales de la provincia: la de los Sucesores de Juan José Gregorio, en Puerto de Béjar. Esta empresa, que en aquella fecha ocupaba 46 obreros, producía exclusivamente suela de gran calidad (unos 200.000 kgs. anuales) por el procedimiento antiguo, es decir, usando corteza de roble en los lentos procesos de curtición tradicionales<sup>57</sup>.

### 3. LAS INDUSTRIAS CÁRNICAS

Además de los curtidos, otro sector industrial en el que destacó durante el siglo xix la provincia de Salamanca fue el de la fabricación de embutidos. Según la Estadística Administrativa de la Contribución Industrial de 1900, Salamanca, con 13 contribuyentes y una cuota total de 4.420 pts., absorbía el 25 por 100 de la contribución total de este subsector a escala española y era la primera provincia productora. Además, estos datos subestiman con seguridad la importancia de esta actividad, porque muchas empresas –las que habían modificado poco su proceso productivo– no contribuían por su actividad transformadora sino sólo por la comercial.

La comarca de Béjar, y especialmente la localidad de Candelario, principal centro productor de embutidos de la provincia, ocupó un lugar central en la historia de la chacinería salmantina del siglo xix. La importancia de la elaboración comercial de chacinas en Candelario se remonta por lo menos al siglo xviii, cuando los 91 arrieros de la localidad eran descritos en las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada como «tratantes en cecinas y chorizos», que conducían para su venta a Madrid y otros puntos<sup>58</sup>. Hacia mediados del ochocientos, la producción de embutidos y chacinas en

57.- Momento actual de la industria en España, 1943. Provincias de Salamanca, Valladolid y León, Dirección General de Industria, Madrid, 1943, pp. 24-25.

58.- A.G.S., Dirección General de Rentas. Primera Remesa, lib. 525, fs. 267 y 270.



Tareas de matanza en Candelario 1902.

Candelario se efectuaba a gran escala. Así lo sugiere la descripción de Madoz, según la cual se mataban en la localidad unos 8.000 cerdos y 2.000 vacas anuales, procedentes en su mayor parte de la misma comarca de Béjar y de la alta Extremadura<sup>59</sup>. El activo comercio de tripa de vaca, que se utilizaba para embuchar carne vacuna o mezclas de cerdo y otras carnes, indica también la relevancia de la actividad chacinera. En 1834, 52 fabricantes de Candelario firmaron una escritura por la que compraban durante un periodo de cuatro años 9.050 mazos de tripa de vaca seca francesa de por lo menos 50 varas cada uno<sup>60</sup>, lo que equivalía a unos 378.245 metros.

El radio de ventas de los tratantes de Candelario era muy amplio ya en la primera mitad del siglo XIX. En la década de 1820 los comerciantes en chacinas de este pueblo traficaban «en chacinas que llevan a vender

a Madrid y Sitios Reales, a Toledo, Zaragoza, Valencia del Cid, Murcia y otros varios puntos lejanos»<sup>61</sup>. Además, los principales choriceros de este pueblo, hombres sin duda acaudalados por lo menos a la escala de la sierra, eran verdaderos comerciantes a gran escala, que ya desde el siglo XVIII habían logrado establecer sólidas posiciones en el comercio de la Corte. En las décadas de 1830 y 1840, algunos fabricantes de chorizos, como José Bayo Rico, Francisco Peña Rico o Agustín Rico Peña, tenían almacenes en Madrid<sup>62</sup>, y algunos testimonios de inicios del siglo XIX dan cuenta de lo conocidos que eran los principales tratantes en chacinas de Candelario entre la sociedad madrileña. Así, Mesonero Romanos explica en sus memorias que el choricero Peña surtía su casa en 1808, y habla de las «tres dinastías, Peña, Rico y Bejarano que monopolizaban de siglos atrás el surtido de la capital»<sup>63</sup>.

La primacía de Candelario en el sector chacinero provincial se mantuvo hasta fines de siglo, pese al desarrollo de modernas fábricas de embutidos en otras zonas de la provincia, especialmente en Salamanca capital y Tejares. En 1910 las 38 empresas de Candelario suponían el 52 por 100 del total de establecimientos productores de embutidos de la provincia, y en conjunto se localizaban en el partido de Béjar el 57 por 100 de las «fábricas» provinciales<sup>64</sup>. La presencia en Béjar y Candelario de importantes almacenistas de tripas (además de empresas locales, la casa Stephan Margossian de Esmirna, dedicada a la venta de tripas secas de ternera y buey, tenía representación en Béjar y en Candelario) es indicativa también de la relevancia de esta actividad en las localidades serranas.

No obstante, por razones todavía desconocidas, Candelario apenas participó en la modernización del sector que estaba teniendo lugar a fines del siglo XIX. Así, mientras que en la ciudad de Salamanca y Tejares se estaban instalando en la década de 1890 fábricas modernas de embutidos, en Candelario todos los establecimientos tenían todavía unas características puramente artesanales en los primeros años del siglo

59.- MADOZ, Pascual: Op. cit. Indicios sobre la procedencia de los cerdos y vacas adquiridos por los tratantes de Candelario en A.H.P.S., Protocolos, prot. 1155, fss. 23-24.

60.- A.H.P.S., Protocolos, prot. 1154, f. 80-83.

61.- A.M.B., Correspondencia, 1827

62.- A.H.P.S., Protocolos, prot. 1154, f. 50, 6963, f. 26, 1044, f. 22.

63.- MESONERO ROMANOS, Ramón de: Memorias de un setentón, vecino y natural de Madrid, Madrid, 1880, p. 14. El choricero José Rico fue pintado en un cartón para tapiz (titulado justamente *El choricero José Rico de Candelario*) por Ramón Bayeu, cuñado de Goya, lo que me parece otra muestra de la fama de los choriceros de Candelario en Madrid.

64.- Bailly-Bailliere, 1910

xx. Ello explica que las matrículas industriales de 1900 no registren ninguna fábrica de embutidos en esta localidad, sino sólo 22 empresas de venta de jamones y chacinanas que sólo tributaban por su actividad comercial.

Esta falta de modernización técnica y organizativa marcó con toda probabilidad el inicio del declive que sufriría Candelario durante el siglo xx. No obstante, antes de que se consolidase la hoy indiscutible primacía de Guijuelo, algunas empresas de nuevo cuño de otros pueblos de la comarca protagonizaron algunos de los principales desarrollos de la industria chacinera provincial durante la primera mitad del siglo xx. Un informe de 1943 (cuya fiabilidad es, por el momento, imposible de contrastar) citaba que la producción anual de tocino, jamones, embutidos y manteca en la provincia de Salamanca ascendía a 9.450.000 kgs., fabricados en unas 100 empresas, en su mayor parte de tamaño muy pequeño. No obstante también existían empresas de cierta entidad, que concentraban buena parte de la producción. Así, según el mismo informe, las 19 principales empresas de la provincia elaboraban conjuntamente 4.460.500 kg de chacinanas y embutidos, lo que representaba el 47 por 100 de la producción total. Pues bien, de estas 19 empresas, 8 estaban localizadas en la comarca de Béjar (seis en Ledrada, una en Vallejera y una en Candelario) y sumaban una producción de 2.515.000 kg, lo que representaba el 27 por 100 de la producción provincial y el 56 por 100 de la producción de las principales empresas salmantinas. Ledrada era la localidad que más destacaba, ya que las seis empresas de este pueblo producían 2.215.000 kgs anuales, lo que le situaba muy por delante de Guijuelo (las siete empresas de esta última localidad que se reseñan en la fuente producían 815.000 kgs), por lo menos si sólo tenemos en cuenta la producción de los principales establecimientos. Además, tres de las empresas de Ledrada (con toda probabilidad las de Basilio González, Cecilio Matas y la Viuda de Tomás García) y la de José Martín García en Vallejera se contaban entre las pocas de la provincia que en 1943 habían instalado cámaras frigoríficas y otras innovaciones técnicas<sup>65</sup>.

#### 4. LA INDUSTRIA PAPELERA

La industria del papel fue otro de los sectores que durante el siglo xix tuvo cierta relevancia en la comarca de Béjar, especialmente en Candelario. En esta localidad, que como el resto de las de la comarca no contaba con ninguna tradición previa en la fabricación de papel, Francisco Peña Rico fundó en 1841 la segunda fábrica de papel continuo de España, que mantuvo su actividad (aunque probablemente estuvo cerrada de forma intermitente) hasta la década de 1880<sup>66</sup>.

Además de la fábrica de papel continuo de Candelario, sin duda el intento de mayor envergadura de la industria papelera comarcal, se instalaron también de nueva planta algunos molinos papeleros en La Calzada de Béjar. La industria papelera de La Calzada, que utilizó a lo largo de toda su historia tecnologías manuales, tuvo su inicio en 1842, cuando se erigió un molino papelero de una tina en este término<sup>67</sup>. Durante los años siguientes se abrieron nuevas instalaciones, de forma que la década de 1880 el número de molinos papeleros existentes en el término ascendía a tres<sup>68</sup>.

65.- *Momento actual de la industria en España, 1943. Provincias de Salamanca, Valladolid y León*, Madrid, Dirección General de Industria, 1943, pp. 31-32.

66.- GAYOSO CARREIRA, Gonzalo: *Historia del papel en España*, Lugo, 1994, tomo I, pp. 209-210 da indicaciones que permiten afirmar que la fábrica de papel continuo de Candelario aún estaba en activo en 1880. Sin embargo, no aparece ya en la Estadística Administrativa de la Contribución Industrial de 1889-90.

67.- A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 1104 (1842), fs. 66-67 y (1843), fs. 20, 25 y 35; A.M.B., *Correspondencia*, 18-3-1856.

68.- GAYOSO CARREIRA, Gonzalo: *Op. cit.* p. 208.

La emergencia de una incipiente industria del papel en estos pueblos serranos debe explicarse por varias razones. Por lo que respecta a los estímulos por el lado de la demanda, cabe mencionar las necesidades de cartón y papel de embalar de la pañería bejarana. El consumo de las manufacturas textiles fue probablemente fundamental para los molinos papeleros de La Calzada de Béjar, que en los años cuarenta producían cartón y papel inferior destinado a usos de embalaje<sup>69</sup>. La tecnología manual en este tipo de producto no era síntoma de atraso tecnológico en el contexto de la industria papelerera española de la época, porque hasta la década de 1880 una parte importante de la oferta de papel basto para embalar, especialmente de estraza, siguió procediendo de los molinos papeleros tradicionales. El bajo precio del producto implicaba que no pudiera soportar los elevados costes de transporte de la época y que, por lo tanto, las instalaciones industriales dedicadas a la fabricación de cartones y papeles bastos se situaran cerca de los centros de consumo. La consiguiente limitación del tamaño del mercado impedía aprovechar economías de escala. La consecuencia fue el predominio de las técnicas manuales en este segmento de la oferta.

Más diversa era la demanda que satisfacía la fábrica de papel continuo de Candelario. Una parte de su producción consistía, a mediados de siglo, en cartón y se dirigía también a las empresas textiles de Béjar. No obstante, la fábrica de Candelario producía una gama mucho más amplia de productos. Lo demuestran las afirmaciones de Madoz, según el cual esta empresa elaboraba papel «desde el más puro y fino blanco, o de cualquiera otro color, hasta el más tosco y oscuro cartón»-, o los productos que Peña Rico presentó en la exposición de la industria española de 1845, entre los que se incluían diversas clases de papel para impresión, para cartas, para portadas y otros usos.

El papel para prensa y escritura elaborado en Candelario debió de dirigirse principalmente al mercado madrileño; la implantación comercial en la Corte de los tratantes en chacinas de la zona, entre otros el mismo Peña Rico, quien en 1845 tenía en Madrid dos almacenes en los que vendía papel, además de chorizos y otros comestibles<sup>70</sup>, debieron de suponer el estímulo decisivo para emprender la aventura industrial papelerera. Las primeras fábricas de papel continuo españolas se localizaron en tres zonas: el entorno de Madrid, el distrito industrial gerundense y el núcleo vasco de Tolosa. La zona madrileña, que empezó siendo la más importante, contó con la ventaja de la proximidad al gran mercado que suponía la administración pública y la prensa periódica de la capital. Dados los estrechos vínculos con el comercio madrileño de su propietario, creo que cabe considerar a la fábrica de papel continuo de Candelario como un «apéndice» del distrito papelerero de esta ciudad<sup>71</sup>.

Además de la proximidad a los mercados, y evidentemente de la disponibilidad de agua, otro factor de localización fundamental de la industria papelerera era la capacidad de contar con una abundante oferta de materia prima. Hasta la introducción de la pasta de papel elaborada a partir de madera, su materia prima de la industria consistía en trapos viejos de fibra vegetal (algodón, lino, esparto). La oferta de trapo era restringida y muy dispersa en el espacio, lo que implicaba unos altos costes de transacción y requería amplias estructuras comerciales que intermediaran entre los potenciales oferentes y los industriales papeleros. Desde este punto de vista, la zona de Béjar contaba con dos tipos de ventajas. Por una parte, existía en la comarca una tupida red de arrieros que participó en la captación de trapo para la fabricación de papel. Por otra parte, la vinculación de los tratantes en chacinas de Candelario con

69.- A.H.P.S., Protocolos, prot. 1104 (1843), f. 35.

70.- A.H.P.S., Protocolos, prot. 1044, f.22

71.- Sobre la estructura del sector papelerero español en estos momentos, ver GUTIÉRREZ POCH, Miguel: «La dualidad de la industria papelerera española (1835-1880)», en *Des moulins à papier aux bibliothèques*, Montpellier, 2003, pp. 37-68.

Madrid, donde con toda probabilidad adquirirían trapos, tuvo algunos efectos beneficiosos para la fábrica de papel de Peña. Los costes de transacción del aprovisionamiento de trapos eran con seguridad más bajos en una concentración urbana como la capital que en zonas de hábitat disperso. Por otra parte, las relaciones comerciales con Madrid permitían reducir los costes de transporte —muy elevados en un producto voluminoso y de bajo precio—, ya que los trapos procedentes de la capital debieron de ser transportados a Candelario como retorno a las ventas de chorizos.

Pese a la existencia de estos favorables factores de localización, esta incipiente industria papelera chocó pronto con problemas que determinarían su decadencia progresiva y su desaparición a fines del siglo. A medida que el cambio técnico redujo de forma espectacular los costes también en la producción de papel basto, los molinos tradicionales de La Calzada tuvieron que abandonar esta línea de producto, desplazados incluso del mercado local por la industria moderna de otras regiones peninsulares. Así, a fines de los años ochenta, los molinos papeleros de La Calzada habían abandonado su primitiva especialización productiva en papel de embalar, para quedar relegados a una corta producción de papel de fumar.

También la fábrica de papel continuo de Candelario experimentó graves dificultades en fecha muy temprana. Las ventajas en costes —especialmente las referentes a los costes de transacción en el aprovisionamiento de materias primas— de las fábricas de papel continuo que se instalaron a lo largo de la década de 1840 en Madrid y zonas próximas debieron ser pronto superiores a las de la fábrica de Peña. Además el aislamiento de esta última le impedía gozar de las economías externas propias de los distritos industriales. Estos problemas se agravaron debido a los graves riesgos financieros en que incurrió durante los años cuarenta el propietario de la fábrica. Peña Rico se endeudó excesivamente en la fase de construcción de su establecimiento: entre 1840 y 1850 tomó a préstamo por lo menos 2.137.445 reales<sup>72</sup>. El resultado fue que en 1850 tuvo que convocar concurso de acreedores y ceder la fábrica en arrendamiento.

Esta serie de dificultades determinaron la escasa renovación del utillaje de la fábrica a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, lo que finalmente redundaría en su incapacidad por competir con éxito en el mercado español de papel continuo. En el momento de su construcción, la de Candelario mereció la aprobación técnica de los contemporáneos. Madoz la calificó de «moderna y extraordinaria». Constaba de una máquina de fabricar papel y seis cilindros mecánicos, que se ampliaron con dos más situados en un antiguo batán próximo<sup>73</sup>. El propietario atrajo también personal técnico cualificado. En el momento de su primera andadura, la fábrica estaba dirigida por un técnico francés<sup>74</sup> y contaba con trabajadores cualificados procedentes de centros papeleros españoles de antigua tradición, especialmente de Alcoy.

En 1880 el panorama no podía ser más distinto. La tecnología había quedado totalmente obsoleta. Así, un observador de la época que la visitó afirmaba que «es la fábrica de Candelario muy pobre y del sistema primitivo, de poca potencia y manejada por gentes



Taller de picadura.  
Candelario. 1902

72.- Dato procedente del vaciado sistemático de los protocolos notariales de Béjar y Candelario durante la década de 1840.

73.- A.H.P.S., *Protocolos*, prot. 6965, fs. 367-368; 655, fs. 493-494; 6966, fs. 389-398.

74.- BOP Salamanca, 38-XII-1841, p. 1018.

no muy duchos en mecánica. Basta, sin embargo, para llenar la necesidad de aquellos pueblos, que otra cosa no quieren de ella sus propietarios». Aseveraba también que «la encontró tan modesta que se admiraba cómo podría producir aquella pequeña industria para sostener una fabricación tan mal comprendida»<sup>75</sup>.

## CONCLUSIONES

Desde la década de 1820 a la de 1870 la industria lanera de Béjar experimentó un intenso proceso de desarrollo y modernización, lo que convirtió a la ciudad salmantina en el principal núcleo textil de la España interior. Pese a ello, ya durante esta etapa, Béjar retrocedió en términos relativos respecto a la industria lanera catalana, que se encumbró durante este mismo período a un indiscutible primer puesto en la producción lanera nacional. Este proceso de declive relativo se convirtió en absoluto durante la crisis que se inició en las últimas décadas del ochocientos y que se prolongó durante el primer tercio del siglo xx.

La peculiar historia industrial de Béjar durante el período aquí considerado suscita una doble pregunta: por qué la industria bejarana logró eludir el proceso de desindustrialización que experimentaron otros centros textiles de la España interior en el decisivo período de la primera mecanización y, por otra parte, cuáles fueron las causas de su declive en relación a otros centros textiles españoles, especialmente las ciudades de Sabadell y Terrassa.

En las páginas anteriores se ha argumentado, por una parte, que los cambios acaecidos durante el setecientos en la organización gremial y las formas de empresa dotaron a la industria local de mayor capacidad para afrontar la modernización de sus estructuras productivas durante los primeros decenios del siglo xix y que, por ello, estuvieron en la raíz de la llamativa fortaleza de la industria bejarana respecto a la de otras localidades castellanas.

No obstante, la pañería local tuvo que enfrentarse a múltiples desventajas respecto a otras localidades laneras de la España de la época, especialmente las catalanas, lo que dificultó su capacidad de competir con estos centros en los segmentos más dinámicos del mercado y la relegó a una dependencia cada vez más acusada respecto a las ventas al Ejército. Por una parte, Béjar sufrió importantes restricciones energéticas, aunque, como se ha argumentado, difícilmente este hecho puede explicar el inicio de su retraso relativo respecto a Sabadell y Terrassa durante la primera mitad del siglo xix. Más importantes fueron probablemente los efectos de la configuración de Béjar como un islote industrial en una región que estaba profundizando su especialización agropecuaria. Ello hubo de tener consecuencias muy diversas: entre otras, dificultó la difusión tecnológica y restringió la oferta de servicios de transporte y de intermediación comercial con que podían contar los fabricantes bejaranos. Además, el reducido tamaño del centro industrial, junto con el creciente monocultivo de paños para el Ejército generaron un tipo de estructura empresarial, bien definida ya en las últimas décadas del siglo xix, caracterizada por una dualidad entre empresas integradas verticalmente (aunque de muy pequeño tamaño en comparación con las existentes en el mismo momento en otros núcleos industriales) y por un importante número de empresas de fase de características casi artesanales; en cambio, excepto en algunas fases del acabado, eran inexistentes las empresas de fase de una cierta entidad. Como se ha

---

75.- De la obra de DÍAZ PÉREZ, Nicolás: «Baños de baños (viajes por mi patria)». Citado por GAYOSO CARREIRA, Gonzalo: *Op. cit.*, pp. 209-210.

argumentado, este tipo de estructura empresarial dificultó la introducción masiva de la maquinaria más potente y avanzada de fines del ochocientos.

Aunque la industria lanera era la actividad en torno a la cual giraba la economía bejarana, otros sectores industriales mantuvieron también cierta presencia local. La más importante era probablemente la chacinería, concentrada en la localidad de Candelario. Ambas industrias tuvieron algunos efectos de arrastre reseñables. Durante la primera fase de la mecanización, la industria lanera propició la aparición de empresas de construcciones mecánicas en la misma localidad y además estimuló en alguna medida las experiencias industriales papeleras que tuvieron lugar en la misma zona. Por otra parte, los capitales acumulados en la chacinería posibilitaron la inversión en la industria papelera y las redes mercantiles construidas en torno a la primera de estas actividades fueron probablemente aprovechadas por la principal fábrica de papel en la comarca. Por otra parte, quizá la actividad chacinera supuso un factor de localización importante para la industria de los curtidos, que adquirió especial relieve en la localidad de Puerto de Béjar.

La comarca de Béjar se convirtió así durante el siglo XIX en un pequeño microcosmos manufacturero en un entorno fundamentalmente agrario. No obstante, a fines del período estudiado se había agotado en buena medida el dinamismo de las iniciativas industriales locales. Los problemas de la industria lanera habían impedido la consolidación del incipiente sector de construcciones mecánicas, que prácticamente había desaparecido en 1900. La experiencia papelera se había mostrado ya inviable, mientras que las industrias de la piel quedaron progresivamente limitadas a unas pocas especializadas en el tipo de producto que durante más tiempo conservó los procedimientos tradicionales de fabricación: la suela. Asimismo, la chacinería de Candelario se mostró, por razones todavía desconocidas, poco permeable a las innovaciones técnicas y organizativas que se estaban difundiendo a fines del ochocientos, lo que prefiguraba la pérdida de liderazgo de la comarca de Béjar en las industrias cárnicas salmantinas que tendría lugar en el siglo XX.